LA ABADÍA DE CASTRO.

LA

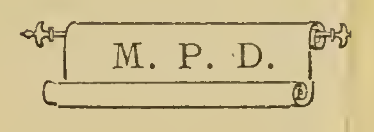
ABADÍA DE CASTRO

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON ISIDORO GIL.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los teatros del reino, en 19 de Abril de 1849.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1879.

PERSONAJES.

Julio Brachioforte.
El capitan Rodolfo Ranuccio.
El cardenal Montalto.
El conde de Camporeale.
Fabio, *su hijo.*
Hugo, *jefe subalterno de bravos.*
El gobernador de Roma.
El prior de Monte-Cavi.
Sciotti, *posadero.*
Un capitan de bravos.
Mario.
Bravo primero.
Stephano. } *Criados del Conde.*
Roberto. }
La condesa de Camporeale.
Elena, *su hija.*
La abadesa de Castro.
La superiora del convento del Ave María.
La maestra de novicias de la Abadía de Castro.
Margarita, *ama de Julio.*
La tornera de la Abadía de Castro.
Una religiosa del convento del Ave María.
Otra idem de la Abadía de Castro.
Tres parientes del conde de Camporeale, bravos, monjas, esbirros, aldeanos.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa la habitacion de Julio Brachioforte, levantada en dos arcos de un acueducto ruinoso sobre el declive de una colina que guia á la aldea de Albano, la cual se divisará en el foro á la izquierda. A la derecha rocas escarpadas que forman cerca de la cabaña y al lado del segundo arco un precipicio. La habitacion interiormente presenta un aspecto miserable; se divisarán en ella varios cuadros empezados y armas de caza y guerra esparcidas por varios puntos. Los dos arcos sirven de ventanas y están cubiertos de yedra y parras silvestres. El primer arco sirve de puerta practicable, la cual estará cerrada por una trampilla de madera á la altura del pecho de un hombre. Entre los dos arcos una tizona colgada.

ESCENA PRIMERA.

RODOLFO y MARGARITA.

ROD. (A la entrada.) ¡Hola, eh! ¿No hay aquí nadie? Pues señor, entremos. (Entra.) Nada... La puerta de par en par... Verdad es que no veo cosa capaz de tentar la codicia de los hombres... ¡Ah de casa...! ¡Eh...! No hay quien me dé razon de un mozo á quien busco... (Margarita viene corriendo por la izquierda.)

MARG. ¡Allá van! ¡Allá van!

ROD. ¡Calla, una vieja! (Riéndose.) Precisamente es todo lo contrario de lo que yo queria encontrar. ¿Sois vos la que habitais aquí?

MARG. Soy la que hago las haciendas de la casa.

ROD. Entonces no serán muchas. ¿Y quién es el amo?

MARG. Un mancebo que se llama Julio.

ROD. (Aparte.) No me habian engañado... aquí es... Por fin voy á volverle á ver al cabo de doce años. (Alto á Margarita.) ¿Y dónde está?

MARG. Ha salido de casa al rayar el alba, como todos los dias; pero no puede tardar en venir.

ROD. Pues entonces le aguardaré: continuad vuestras labores, buena mujer. (Va hácia el foro y examina el paisaje.) Sí, Albano se divisa allá abajo; (Señalando á la izquierda.) he aquí la montaña de Giego y á su pié un lindo precipicio capaz de dar vértigos con solo fijar la vista en su fondo. ¡Encantadora perspectiva! ¡Oh! Mi capitan era hombre de gusto... (Bajando al proscenio y quitándose el sombrero.) Pobre Alberto Brachioforte; cuando despues de tu postrera oracion me digiste: «Te encomiendo mi hijo,» acepté tu legado sin dejar por eso de guerrear y combatir; porque yo, pobre aventurero, nunca he sabido otro oficio. Sin embargo, no por eso he dejado de velar por él desde léjos, cual pudiera haberlo hecho un padre; en el dia vuelvo á mi pátria para no abandonarla nunca... y para no separarme de él. Alberto, si estás contento de mí en el cielo, donde sin duda te hallas, ruega á Dios, como yo ruego, que me conceda la gracia de recibir la muerte cual tú, de la boca de un mosquete. (Volviéndose á Margarita, que anda trasteando.) ¡Eh! anciana, venid aquí y dadme algunas noticias: ¿en otro tiempo habia, si no me engaño, á pocos pasos de aquí, una cruz de madera como la que suelen poner en los caminos, en el sitio donde se ha cometido una muerte?

MARG. ¿Cerca del Monte-Cavi, y como á unos cien pasos de la posada del viejo Sciotti?

ROD. Precisamente... ¿Existe aun?

MARG. No.

ROD. (Aparte.) ¡Pobre amigo! Ni aun esa memoria queda de tí.

MARG. Pero en su lugar hay una capilla.

ROD. Una capilla .. ¿Y quién la ha mandado construir?

MARG. (Confidencialmente.) No se sabe.

ROD. ¿Y se dice misa en ella?

MARG. (Idem.) Todos los años se dice una el dia del aniversario de aquella desgracia.

ROD. Iré á oirla.

MARG. Pero... muy enterado debeis estar vos, cuando me hablais de ese suceso. (Rodolfo hace una señal afirmativa con la cabeza.) El que dice la misa, es un sacerdote que viene de incógnito.

ROD. ¿Y no habeis podido averiguar quién pueda ser?

MARG. Viene siempre con la cabeza inclinada sobre el pecho, y la capucha calada hasta las cejas; entra en la capilla, y apenas ha concluido, se vuelve á marchar precipitadamente, sin que se sepa cómo, ni por donde; dícese que es el Padre Anselmo.

ROD. ¿Y quién es ese Padre Anselmo?

MARG. Lo ignoro ni más ni menos que los demás... pero se asegura que hace milagros.

ROD. ¡Por Dios que es rara cosa! Pero oigo ruido en la montaña, será Julio sin duda; anciana, dejadnos solos, tenemos que hablar. (Váse Margarita. Aparece en la derecha un viejo que baja la montaña con gran trabajo y cojeando.)

ESCENA II.

MONTALTO y RODOLTO.

ROD. (Yendo á la balaustrada del segundo arco que le separa del precipicio.) ¿Pero qué veo? No es él, es un viejecillo que baja cojeando por la montaña... (Montalto se detiene un momento para toser en un puentecillo situado sobre el precipicio.) ¡Pobre hombre! Parece que le va á faltar el aliento. (Apoyándose en la balaustrada.) ¡Eh! Pobre viejo... venid acá; pareceis un pichon con el ala quebrada... Vuestros ci-

mientos no son muy sólidos; y la jornada de aquí á Albano es muy larga para vos.

MONT. (En el tablon ó puentecillo.) Es verdad; ¡Soy tan viejo! ¡Mi salud está tan quebrantada!

ROD. Mirad, yo no tengo que hacer nada en este momento, si quereis os daré el brazo.

MONT. Gracias, amigo, gracias; me veo obligado á detenerme á cada instante para tomar aliento, y temeria abusar de vuestra generosidad. (Baja la colina.)

ROD. Pues bueno, entonces entrad aquí un momento y descansad. Vamos, vamos, fuera cumplidos; estoy en casa de un amigo que sin duda os haria esta oferta con la misma buena voluntad que yo. (Montalto entra.) Entrad y sentáos ahí... (Montalto se sienta en un escaño.) ¡Cáspita! Buena fortuna he tenido en no traer para el viaje un par de piernas como esas. (Señala á la muleta.)

MONT. ¿Venís de muy lejos?

ROD. De los Paises-Bajos.

MONT. ¿Con que habeis servido?

ROD. (Con ingenuidad y en tono de franqueza militar que debe hacer contraste con el disimulo de Montalto.) Yo siempre he estado al servicio, ya de unos, ya de otros... con tal que haya sido en parte donde hubiera porrazos que dar ó recibir... no entiendo de otra vida... En Italia hace tiempo que no habia donde ocuparse por este estilo. Pasé hará doce años á alistarme en España bajo las banderas de D. Juan de Austria, llamado el Invencible, y aunque el mar no es mi elemento, cumplí con mi deber en Lepanto; de allí fuí con él á hacer una visita á los moros de África, pero el rey de España le llamó á poco tiempo. Don Juan era un valiente soldado y prudente capitan; pagaba bien, no quise dejarle, y con él fuí tambien á poner freno á los revoltosos de los Países-Bajos, que murmuraban de nuestra santa madre Iglesia; allí pereció el invencible Don

Juan... en su cama... ni más ni menos que un clérigo... ¡Pobrecillo! ¡Mejor muerte que esa merecia!

MONT. Verdad es.

ROD. Viendo aquello, dije para mi capote: Capitan Ranuccio, tú ya has trabajado bastante, deja el puesto para otros... y en seguida me puse en camino para Italia... El viaje era largo y fastidioso... andar y no más que andar... De consiguiente, si encontraba al paso algun país donde se anduviese á las manos, echaba mi cuarto á espadas para que no se enmoheciese la mia... y tan tranquilo está en el dia el mundo, (Riéndose.) que he gastado cuatro años en el camino... Pero ya estoy por fin aquí; dentro de una hora tendré el gusto de abrazar á mi pupilo... escelente muchacho, á quien quisiera comunicar mis principios y mi buena hoja de Toledo, porque si se parece á su padre, que era todo un valiente, debe tener bellas disposiciones; hé aquí mi historia, decidme ahora la vuestra.

MONT. (Aparte sonriéndose.) El bueno del capitan es franco á fé mia. (Alto.) Yo vengo del convento de capuchinos, y voy á Albano.

ROD. ¿Qué más?

MONT. Nada más. (Con frialdad.)

ROD. Ello podrá ser cierto... pero no es largo.

MONT. ¿Y no pensais entrar á servir aquí, capitan?

ROD. No, por Dios; en primer lugar, los soldados del papa no gozan de una reputacion muy envidiable... perdonad lo que digo, si perteneceis á la carrera sagrada..

MONT. (Sonriéndose.) Eso no importa, seguid.

ROD. Además de esto, soy de opinion que nuestro Pontífice Gregorio no tiene necesidad de oficiales.

MONT. ¿Por qué?

ROD. Porque es harto débil para servirse de ellos.

MONT. Teneis la lengua algo suelta.

ROD. (Con prontitud.) Ni más ni menos que las manos, aunque no hace más que tres dias que he puesto el pié en los estados de la Iglesia, me he convencido de que en el dia sucede lo mismo que sucedia en otro tiempo. Tened entendido que en Italia, en los tiempos que alcanzamos, solo es respetado el que tiene el corazon bien puesto y los puños de hierro; todos los demás tienen que doblegarse á los caprichos de los nobles bandidos... quiero decir, los nobles señores, á cuya cabeza descuella la familia Orsini.

MONT. (En voz baja.) Silencio, imprudente... ¿Sabeis lo que estais diciendo? El poder de los Orsinis no conoce límites en el dia, y lo que debeis hacer es ir á ofrecerles vuestros servicios.

ROD. ¡A los Orsinis! ¡Yó! ¡Jamás...! Primero me dejaria cortar la mano.

MONT. ¿Por qué?

ROD. (Con cólera reconcentrada.) ¿Por qué? ¿Quereis saberlo...? Pues oid: (Se acerca á él.) Tuve un amigo, un hermano, un soldado como yo... pero con una cabeza mejor organizada que la mia... un hombre que era para mí más que todos los demás hombres, más que D. Juan el Invencible, un honbre á cuyo valor jamás se apelaba inútilmente, y á quien todos ellos tenian miedo... Pues bien, los Orsinis asesinaron alevosamente á ese amigo, á ese hermano mio... al valiente Alberto Brachioforte.

MONT. (De pronto y con voz fuerte.) ¡Alberto Brachioforte!

ROD. (Sorprendido.) ¡Os habeis animado al pronunciar ese nombre! ¿Le conocíais por ventura?

MONT. (Más sereno y sonriéndose.) He oido hablar de él á menudo.

ROD. (Examinándole.) ¡Ah!

MONT. Por lo que veo, capitan, sois un excelente hombre, franco y campechano... en fin, como á mí me gustan los hombres; acepto lo que me pro-

poníais hace poco de acompañarme hasta Albano. ¿Quereis darme el brazo?

ROD. Con mucho gusto... Tal vez encontremos al paso al jóven que busco.

MONT. Os encargo sobre todo que habléis más bajo en el camino.

ROD. (Dando el brazo á Montalto y llamando.) ¡Eh! ama, voy á salir un instante... al punto vuelvo... si Julio viene, decidle que me aguarde. (Váse Montalto y Ranuccio. Se los ve bajar hácia Albano.)

ESCENA III.

MARGARITA, saliendo por la izquierda cuando ellos han desaparecido, y corriendo á la puerta.

MARG. Pero esperad. ¿Y vuestro nombre? ¡Decidme vuestro nombre, capitan! ¡Eh! Ya no me oye... ¿Quién será ese soldado? No le conozco... y eso que son contadas las personas que vienen á ver á mi amo... En fin, allá veremos... ha dicho que volverá... ¡Calle! mientras ellos bajan suben otros dos hombres por el atajo... Con qué atencion examinan la casa... ¿Si vendrán tambien aquí? (El Conde de Camporeale viene por el mismo lado, pero por una senda que se supone empezar abajo.)

ESCENA IV.

FABIO, EL CONDE DE CAMPOREALE y MARGARITA.

CONDE. Decid, buena mujer... ¿podremos descansar aquí algunos instantes? Esa subida es tan penosa.

MARG. (Con respeto.) Entrad, y mandad lo que gusteis, señores.

FABIO. (Examinando el cuarto y con tono desdeñoso.) Veo que aquí no se puede ser muy exigente. ¿Teneis un poco de agua fresca que darnos?

MARG. (Con suma amabilidad.) Sí, señores, hay aquí cerca

un manantial muy conocido de los del país, todas las mozas bonitas de Albano vienen á beber de él... tiene un agua tan clara, que parece un cristal.

FABIO. Bien, bien, id cuanto antes.

MARG. ¡Allá voy, ya vereis qué agua tan rica! (Váse.)

CONDE. (Examinando la cabaña.) Creo que te has engañado Fabio.

FABIO. No, padre mio, no; estas son las rocas de Giogo, y esta es sin duda alguna la casita que nos han indicado.

CONDE. Pero es imposible que habite aquí el hombre que se ha atrevido á poner los ojos en vuestra hermana; en la hija de la ilustre casa de Camporeale. (Margarita vuelve con unos vasos y una botella de barro.) ¿Quién vive aquí, buena mujer?

MARG. Mi amo... Un jóven llamado Julio.

FABIO. ¿Julio de qué?

MARG. ¡Toma! Julio.

CONDE. ¿No tiene apellido?

MARG. No sé que tenga más nombre que ese. Es un pobre huérfano, criado, segun creo, por el pintor Antonio Damucci, á quien habia sido confiado.

FABIO. (Impaciente.) Pero en fin, ¿qué es?

MARG. Es un buen mozo que hará suspirar á muchas mujeres.

CONDE. No es eso lo que se os pregunta.

MARG. Es compasivo con los desgraciados, valiente y audaz hasta el extremo; pero siempre está triste y pensativo.

FABIO. Ó sois tonta por demás, ó no quereis acabar de comprender, que os preguntamos cuál es su posicion en el mundo.

MARG. ¿Su posicion?

FABIO. Sí, ¿en qué se ocupa?

MARG. ¡Ah! eso es diferente... Unas veces caza, y otras pinta... pinta imágenes. . vírgenes sobre todo... Ahora poco ha echo mi retrato. (Aparece Julio en la montaña con la escopeta al hombro.)

CONDE. (Bajo á Fabio.) No vuelvo en mí de sorpresa al ver tamaña audacia... ¡Y ese es el hombre que segun dicen viene á rondar todas las noches al rededor de los balcones de mi hija Elena...!

MARG. (Viendo á Julio.) Mirad, señores, aquí viene él mismo.

ESCENA V.

DICHOS y JULIO, que deja su escopeta al salir.

JULIO. ¡Los de Camporeale en mi casa! (Aparte.) ¡Oh! No esperaba tanta ventura. Recibámoslos como precursores de mi felicidad. (El Conde y Fabio se levantan. El Conde pasa por delante de él mirándole con desprecio de alto á bajo, y deteniéndose en la puerta.)

FABIO. (Con tono de mofa.) ¡Eh! Señor cazador... el que no tiene nombre ni familia; no es justo que hayamos tomado de balde en tu casa la única cosa que puedes ofrecer á tus huéspedes. Cuando pienses ir á rondar los balcones del palacio de Camporeale, cómprate otra ropilla con esto. (Arroja al decir esto un bolsillo á los piés de Julio, y váse despues con su padre. Julio se queda estático con los ojos fijos en el bolsillo. Margarita vuelve á llevarse lo que habia traido.)

ESCENA VI.

JULIO solo, volviendo en sí.

JULIO. ¡Y me llené de alegría al verlos aquí...! ¡Y queria ofrecerles mi vida y mi sangre toda...! ¡Elena! ¡Elena...! ¡Ultrajarme así un hermano tuyo...! Tratarme como á un mendigo... mirarme con el más insolente desprecio... ¡Oh! ¡Elena! ¡Mucho te amo, cuando he sufrido este insulto! (Siéntase abatido en un escaño.) «Tú, el que no tiene familia ni nombre,» me ha dicho... Ver-

dad es... No tengo familia... no tengo un sólo amigo... todo lo he perdido en el mundo... hasta la esperanza de ser amado de ella... Hace quince dias que apenas tengo el placer de divisarla por la noche en un balcon de su palacio. Sí, todo lo he perdido... era un sueño... un sueño celestial... La triste realidad me grita al oido que sólo soy un pobre huérfano... un mendigo á quien acaban de dar una limosna... ¡Oh! Adios, ilusiones queridas, felicidad, gloria, porvenir. (Levantándose con ímpetu.) Adios, existencia... la desesperacion venció en la lucha... ¡Perdonad, Dios mio! Vos me dísteis un corazon demasiado elevado para sufrir, y demasiado amor para vengarme. (Rodolfo aparece y da muestras de alegría al verle; pero se detiene asombrado al escucharle.) En el fondo de ese abismo hallaré una muerte pronta y segura... no dejaré tras de mí rastro ni memoria. ¡Adios para siempre, Elena! (Va á adelantarse hácia el precipicio. Rodolfo sale de pronto y le cierra el paso.)

ESCENA VII.

RODOLFO y JULIO.

ROD. ¡Poco á poco! ¿Y á mí no se me dice nada?

JULIO. ¿A vos?

ROD. Bien puedes por despedida tutear al capitan Rodolfo.

JULIO. (Reconociéndole y echándole los brazos.) ¡Rodolfo, amigo... padre mio!

ROD. ¡Gracias á Dios... voto á...! Parece que he llegado á tiempo de estorbar que hagas un desatino... ¿Qué diablos de ideas son esas? ¿No te habia dicho la vieja que me esperases?

JULIO. (Estrechándole.) ¡Ah! perdonadme, soy un ingrato; pero si supieses cuánta es mi desgracia.

ROD. (Mirando en torno suyo.) No debes andar muy so-

brado, en efecto .. ¿Pero quién te manda encerrarte aquí entre pinturas y colores...? ¿Por qué has abandonado el verdadero oficio... el único en el mundo... las armas? Quema tus mamotretos, cuadros y pinceles... vente conmigo... nos daremos buena vida y llegarás á ser rico.

JULIO. ¡Eh! No son riquezas lo que ambiciono.

ROD. ¿Qué es lo que quieres entonces?

JULIO. (Acercándose á él y dejando caer su cabeza sobre el pecho de Rodolfo con tristeza y cariño.) ¡Rodolfo, amo á una mujer con idolatría!

ROD. En buen hora, ¿quién te lo impide?

JULIO ¡Es Elena á quien amo! (El final de esta escena debe ser desde aquí muy vivo y animado.)

ROD. Vaya por Elena.

JULIO. Y soy correspondido, Rodolfo.

ROD. Pues puedes quejarte entonces.

JULIO. Pero es hija de una familia ilustre.

ROD Tanto mejor.

JULIO. Quieren separarnos.

ROD. Pues no os dejeis separar.

JULIO. Me han insultado.

ROD. Mátalos.

JULIO. Me han llamado mendigo.

ROD. ¡Mienten! D. Juan de Austria fué magnánimo conmigo, y aquí tienes dinero...

JULIO. Me han escarnecido porque no tengo apellido ni familia.

ROD. ¿Quién ha dicho eso?

JULIO. Los de Camporeale.

ROD. ¡Los de Camporeale...! Algunos hidalgüelos enriquecidos. (Resueltamente.) ¡Ah! ¡Con que dicen que no conoces el apellido de tus padres! Ahora lo verán... ponte el mejor traje que tengas.

JULIO. No tengo más que este.

ROD. Bueno es, la tela podia ser mejor... pero el forro es de ley. (Dándole con la mano en el pecho.) ¿Dónde está tu espada?

JULIO. Aquí la tienes. (Yendo á descolgarla.)

ROD. (Cimbreándola.) ¡Magnífica hoja...! Acomódatela bien á la cintura... (Julio se ciñe el estoque.) Ahora, el sombrero... bien, un poco más caido sobre la oreja. (Abrazándole.) Así me gustas... estás hecho un buen mozo. Vamos.

JULIO. ¿Adónde?

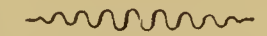
ROD. A Albano... A casa de los Camporeale.

JULIO. ¿Para qué?

ROD. Para decirles tu nombre. (Con fuerza.) El nombre de tu padre.

JULIO. (Queriendo detenerle.) ¡De mi padre!

ROD. A Albano, te digo, á casa de los Comporeale. (Le coje del brazo y vânse por el foro.)



CUADRO SEGUNDO.

Salon magnífico en la quinta de Camporeale. Puerta á la izquierda y al foro: ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y LA CONDESA; al levantarse el telon, está sentada, mira con atencion á su hija, la cual está dibujando el paisaje que se divisa desde la ventana, y deja el lápiz distraida para fijar sus miradas en la campiña con un tierno interés.

COND. No se cansarán tus ojos, querida Elena, de contemplar ese paisaje y la casita aislada que desde aquí se divisa en medio de las rocas de Giogo.

ELENA. Perdonad, señora, mi distraccion no tenia objeto.

COND. ¡No tenia objeto! Quiero creerlo, hija mia. Retirada del mundo hasta ahora, no conoces el

disimulo, y es fácil adivinar que tu pensamiento no está en los sitios adonde has venido á reunirte con nosotros hace un mes solamente.

ELENA. Disimulad mi extrañeza hácia la vida que llevo, porque es hija de falta de costumbre.

COND. Si no hubiese más que falta de costumbre, mis temores cesarian al punto, hija mia; pero advierto en tí tibieza, y eso es lo que me atormenta.

ELENA. Muy lejos está de mi idea, sin embargo, causaros un sólo disgusto.

COND. ¿No es bastante el oirte pronunciar esa sola papalabra, *Señora*, para sentir en el alma una profunda tristeza...? Elena, escúchame. Cuando tú viníste al mundo ya habia yo dado al Conde de Camporeale un heredero de su nombre. Tu nacimiento no conmovió su corazon de alegría... Yo fuí entre todos la que sintió mayor contento, porque iba á tener una compañera en la espantosa soledad en que vivia, abandonada por las empresas ambiciosas del Conde; en tu niñez me amaste mucho y yo era dichosa... Pero apenas llegaste á la edad en que aquel cariño instintivo debia trocarse en sentimiento verdadero y profundo, en un amor ciego hácia la que te dió el sér, fuimos separadas cruelmente por una órden severa de tu padre, nuestras riquezas no eran suficientes á sostener con el explendor debido, la elevada posicion que el Conde ambicionaba para su hijo en lo venidero, y tú fuiste condenada á separarte de tu madre para entrar de colegiala en el convento del Ave María, de donde únicamente debias salir para tomar el velo de la Abadía de Castro, morada de tristeza y luto, cuyo nombre sólo, no puedo escuchar sin temor... A la edad que entonces tenias, una hija olvida siempre á su madre. Pocos dias despues, jugabas alegre y contenta con tus demás compañeras, y yo desde entonces no cesé de llo-

rar, hasta que un dia... ¡ah! ¡ha sido el más hermoso de mi vida...! te ví entrar de pronto en esta quinta... te cogí en mis brazos y te cubrí de caricias... ¡Pero hay! Mis caricias te sorprendieron... ¡En tan larga ausencia habias olvidado lo que era una madre!

ELENA. (Con ternura.) ¡Ah! ¿Cómo he podido causaros tanto pesar sin conocerlo?

COND. No es eso solo, Elena... A poco tiempo de tu venida, he visto que tu corazon no era insensible; pero que estaba en otra parte.

ELENA. (Con alguna turbacion.) ¿Qué decís?

COND. Te he visto triste, pensativa; muchas veces te has separado de mí por la tarde, para venir á esta estancia y sentarte en ese balcon á la hora del crepúsculo, como si aguardases á alguno... Esta noche me acerqué á tu lecho cuando dormias, y al darte un beso, dos lágrimas suspendidas aun de tus pestañas, me han revelado que habias llorado antes de dormirte...

ELENA. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Oh! ¡Madre mia! Perdóname, soy culpable.

COND. (Enajenada.) Sí, llámame de ese modo... ¡Es tan grato para mí oirte pronunciar ese nombre! (Teniéndola estrechada.) No quiero ser exigente contigo, hija mia, si no me amas aun con el cariño que te amo, sabré aguardar; pero no puedo verte sufrir en silencio, ya que no me sea dado poseer tu cariño, déjame el consuelo de que posea tu confianza al menos.

ELENA. Pues bien, madre mia, todo lo sabreis; os lo diré todo, porque es fuerza que sea indulgente el que ama con ese extremo.

COND. (Haciéndola sentar á su lado.) Habla, hija mia, y no temas; ven, siéntate á mi lado. (Se sientan las dos sobre un camapé.)

ELENA. Mi vida, como ya sabeis, se deslizaba tranquila y serena en la soledad del cláustro, cuando un incidente ocurrido en la capilla del Ave María,

y ocasionado por el fuego del cielo, destruyó en parte los frescos de la cúpula, y el que hacia frente al coro. Con este motivo levantaron en la capilla varios tablados cubiertos de lienzo, para que sin ver ni ser visto, pudiese reparar los daños hechos por el rayo, un pintor llamado por la abadesa. Un dia que levanté la vista hácia la imágen de nuestra santa patrona, ví á través de los lienzos entreabiertos, la cabeza de un jóven de negros ojos y dilatados rizos, que descubria desde allí el coro, y dirigia sus penetrantes miradas hácia mí; bajé los mios inmediatamente hácia el libro que tenia en la mano, pero casi á mi despecho volví á levantarlos involuntariamente varias veces, y ví siempre inmóvil y en el mismo sitio el rostro del jóven. Aquella imágen me persiguió por todas partes, la ví hasta en mis sueños; al dia siguiente, juré no levantar la vista hácia aquel sitio, y llevé mis miradas á un cuadro que habia en el coro frente de mí... pero (no creais que fué ilusion) encontré en él retratada la imágen que habia visto la víspera, entre los lienzos del andamio de la cúpula. ¡Entónces tuve miedo, madre mia...! y los dias restantes recé con fervor; pero una tarde, recobrada ya de mi susto, miré de nuevo al cuadro, y volví á ver el rostro cuyo recuerdo me perseguia... sus ojos habian mudado de expresion... ¡estaban tristes y parecia que me suplicaban...! Comprendí entonces... (Con dificultad.) No me obstiné ya en bajar la cabeza, y me atreví á mirar...

CONDE. (Acabando su pensamiento.) ¿Al tablado donde estaba el pintor?

ELENA. Sí; y al otro dia, la figura del cuadro, tan triste la víspera, estaba risueña y animada... Julio (habia firmado el fresco que pintaba antes de haberle concluido), Julio halló así un modo de corresponder conmigo, y hacerme saber su

amor y su nombre. Yo oculté á todos lo que sentía; pero desde entonces conocí que le amaba, ¡madre mia! (Se levantan.)

COND. (Con severidad.) ¿Mas desde entonces no habrás vuelto á verle?

ELENA. (Bajando los ojos.) Mentiria, madre mia, si os dijese que no.

COND. ¡Hija imprudente! Si tu padre llegase á saber... Yo misma tiemblo al pensar en su cólera...

ELENA. (Asustada.) Silencio... creo que es él.

ESCENA II.

DICHAS, EL CONDE DE CAMPOREALE y FABIO.

CONDE. Señora, aguardo aquí á algunos de nuestros parientes y al cardenal Montalto, á quienes he llamado para tratar de un asunto que interesa á nuestra familia.

COND. Nos retiramos. (Bajo á Elena al salir.) Ven; desde hoy no viviremos ya aisladas en nuestra soledad, desde hoy tienes madre, y yo tengo una hija querida, pues poseo su confianza. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

FABIO y EL CONDE.

FABIO. (Con ira.) No, padre mio, ya no es posible dudarlo; segun los nuevos informes que acabo de tomar, ese hombre es el mismo á quien han visto rondar alrededor de esta quinta, el mismo que hace algunos dias tuvo la audacia de alzar del suelo el libro de oraciones de mi hermana. Es necesario que ponga término á sus temerarias pretensiones, ó que perezca... El honor de de nuestra familia lo exije.

CONDE. Tranquilízate, Fabio. Dentro de algunos dias

no tendremos ya que temer la obstinacion amorosa de ese, ni de ningun otro.

FABIO. ¿Cómo?

STEPH. (Saliendo.) Las personas que el señor Conde ha mandado llamar, aguardan en la sala vecina á que tenga á bien recibirlos.

CONDE. Dejad entrar. (Váse el criado. A Fabio.) Vas á oir un proyecto que he juzgado prudente someter al fallo de nuestra familia.

ESCENA IV.

DICHOS y EL CARDENAL MONTALTO; tres indivíduos de la familia de Camporeale. Criados que sacan candelabros y colocan asientos.

CONDE. Dios os guarde, señores. (Al Cardenal.) ¿Qué tal seguís de salud, Cardenal?

MONT. Siempre débil y caminando á pasos ajigantados hácia mi hora suprema... Tengo ya como veis un pié en el sepulcro. (Tose y va á sentarse á la izquierda del proscenio.)

CONDE. Os queremos demasiado para creer lo que decís. Señores, os he reunido aquí, para un asunto de la mayor importancia. (Señalando al Cardenal.) El señor Cardenal, nos ha prestado tan señalados servicios antes de haberse obstinado en retirarse de los negocios, que debemos considerarle como de la familia. Voy antes de todo á daros noticia de esta carta: es del duque Bracciano, Pablo Orsini.

MONT. (Con un movimiento muy marcado.) ¿Orsini?

CONDE. En ella me pide á Elena para su hijo Octavio. (El Cardenal hace un nuevo movimiento, no tan marcado.) ¿Os admira esta proposicion, señor Cardenal?

MONT. (Apresurándose á contestar.) Me colma de alegría por vuestra familia.

CONDE. He querido consultaros acerca de este enlace, que prestando á nuestra casa un brillante y seguro apoyo, la elevará al poder supremo, y no

conocerá rival alguna en lo sucesivo. ¿Sois de mi opinion, señores? (Señal de aprobacion.) ¿Y vos, Cardenal?

MONT. (Despues de haber tosido.) Octavio Orsini es el primer partido de Italia. (Con sutileza.) Verdad es que su vida no está exenta de culpa, y ha abusado con frecuencia de su poder, cosa muy natural en un jóven que no conoce límites al suyo... Pero vos nos habeis llamado para que discutamos sobre las ventajas de esta union, y no sobre la felidad de vuestra hija. Los Orsini no tenian en su partido más que una familia, cuyo crédito pudiese contrarestar al suyo: esa familia era la vuestra; quieren confundir con astucia vuestro crédito con el suyo... pero unidos ambos no cabe ya oposicion posible á vuestra mútua voluntad... (Con intencion.) Siempre que vos querais lo que quieran los Orsini... ese casamiento será un enlace glorioso para vuestra familia, Conde.

CONDE. Cardenal, penetro vuestros discursos aun más quizás de lo que vos creis. Escuchadme, amigos mios: la salud de nuestro santo padre Gregorio XIII, va debilitándose de dia en dia; tal vez nos hallamos cerca del momento en que tengamos que nombrarle un sucesor... pero entre nuestros cardenales no veo ninguno á propósito para serlo... Monseñor de Este, es demasiado jóven... (Montalto se encorva excesivamente y tose.) Monseñor Alexandrini orgulloso y altanero en demasía. (Montalto saca pastillas y viene á ofrecer al Conde.) ¡Ah! Si contáramos con el suficiente poder por nosotros sólos, os diria sin vacilar; continuemos aislados sin firmar alianza alguna, reconcentremos nuestras fuerzas para colocar en la santa sede al hombre de nuestra predileccion, á vos, Cardenal.

MONT. (Levantándose y poniéndose en medio de ellos con aire de fingida honradez.) ¡A mí, Dios eterno!

CONDE. Sí, á vos.

MONT. Pero advertid que yo no soy más que un pobre monje, que apenas tiene alientos para gobernarse á sí mismo; ¿cómo quereis que en tal estado piense en gobernar al mundo cristiano?

CONDE. Insisto no obstante en lo que he dicho, y creo no equivocarme si cuento de antemano con el asentimiento de mis nobles parientes: vuestros serán todos nuestros votos.

MONT. Si el cielo, para castigarme, me impusiese tan pesada carga, hallándose mi salud en un estado tan deplorable, y sin fuerza mi brazo para manejar el timon de la Iglesia... seria preciso que tuviese en torno mio amigos leales y sinceros, que consintiesen en gobernar por este anciano débil y enfermo. (Sonriéndose con malicia.) Si me nombráseis soberano pontífice, no hacíais más que nombraros á vosotros mismos.

CONDE. (A sus parientes.) Ya lo oís... Saldríamos gananciosos... pero á pesar de nuestra inclinacion, si los Orsini tienen algun candidato... (Sale un criado. El Conde se dirige á él con impaciencia.) ¿Qué quereis? ¿Por qué venís á interrumpirnos?

STEPH. Dos desconocidos desean ser presentados, uno de ellos dice que es para asuntos urgentes.

CONDE. (A su hijo.) ¿Será algun enviado de los Orsinis?

FABIO. Es preciso recibirlos.

CONDE. ¿Dais vuestro permiso, para que entren aquí esos desconocidos, señores? (Señal de aprobacion. Al criado.) Dejad pasar.

MONT. (Aparte en la izquierda del proscenio.) Este casamiento desbarata todos mis planes... Echa por tierra mis proyectos... ¿Cómo estorbaria que se realizase?

ESCENA V.

FABIO, los parientes detrás; EL CONDE, RODOLFO y JULIO acompañados por el criado y MONTALTO.

FABIO. (A su padre.) ¡Es nuestro hombre de esta mañana!

MONT. (Aparte sonriéndose.) ¡Qué veo! ¡Es mi veterano de Lepanto! ¿Qué le traerá á estos sitios?

CONDE. (Yendo á ellos.) ¿Podré saber qué buscais en mi casa, señores?

ROD. (Acercándose con ademan resuelto.) A vos, para que nos hagais el honor de escucharnos, señor Conde.

CONDE. (Impaciente.) Esplicáos con brevedad, ya veis que estamos en familia.

ROD. (Con tono decidido.) Precisamente es de un asunto de familia de lo que se trata; seré conciso é iré derecho al caso... porque no me gustan los preámbulos. Yo soy Rodolfo Ranuccio, capitan á las órdenes del invencible D. Juan de Austria, y estoy aquí de vuelta de los Países-Bajos desde esta mañana. Este jóven es Julio, mi pupilo... que como veis no es mal mozo, y maneja con igual primor el estoque y el pincel. Ahora bien, yo vengo aquí á pediros sin ceremonia la mano de vuestra hija para este doncel de ojos negros. He dicho; á vos toca responder ahora.

CONDE. ¡No vuelvo en mí de asombro!

FABIO. (Adelantándose furioso hácia Rodolfo.) ¡Insolente! Yo castigaré vuestra audacia.

ROD. Poco á poco, señor mio; no nos arrebatemos, y tened la bondad de medir vuestras palabras. (Poniéndose delante de él con arrogancia.) Nosotros hemos venido como negociadores... ¿y vos nos llamais insolentes? Voy á probaros que os habeis equivocado groseramente... Ya os he dicho

quién yo soy; el noble D. Juan de Austria, hermano del rey de España, no se ha desdeñado en darme la mano en alguna ocasion, y habeis de saber, que esta mano no se alarga para todo el mundo. En cuanto á este jóven que teneis delante... (Señalando á Julio.) voy á deciros quién es, porque él mismo no lo sabe: ¿os acordais de un hombre valiente cual ninguno, generoso tanto como valiente, temible para los malvados (Con intencion.) de cualquier clase ó condicion que fuesen... querido en este país hasta la adoracion... y ante el cual temblaban los Orsinis y sus bandas?

CONDE. ¿Hablais de Alberto Brachioforte?

ROD. Justamente... de Alberto Brachioforte.

MONT. (Aparte.) ¿Qué es lo que dice?

ROD. Pues bien, Conde de Camporeale, os pido la mano de vuestra hija para el hijo de Brachioforte, á quien teneis delante.

JULIO. ¡Yo, su hijo! ¿Rodolfo, es cierto lo que dices? (Rodolfo le da la mano y le estrecha la suya con cariño.)

MONT. (Aparte mirando á Julio.) ¡Qué oigo! ¡El hijo de Alberto! (Desde este momento no deberá apartar de él sus miradas.)

ROD. (Sonriéndose.) Creo, señores, que ahora ya nos conoceis.

FABIO. ¿Luego es hijo de un miserable?

JULIO. (Deteniendo el brazo de Rodolfo que quiere responder, y pasando en medio de la escena.) Caballero, pronunciad ese nombre con respeto, porque es el nombre de mi padre.

ROD. Bien dicho.

JULIO. Esta mañana habeis sin duda creido que yo era un hombre sin valor ni energia, incapaz de apartar el rostro de la mano que quisiera afrentarme; os engañásteis, á fé mia, tengo espada y me sobra corazon.

ROD. (Estregándose las manos.) El muchacho habla como un ángel.

JULIO. Ignoraba al venir aquí, cuál era la intencion de mi amigo...

ROD. (De pronto.) Dice bien, no le he dicho una palabra.

JULIO. Pero estoy pronto á sostener todo cuanto ha dicho y hecho, y le doy las gracias, por haberme revelado el nombre glorioso de mi padre, que desde hoy es tambien el mio. (Al Conde con dignidad.) Ahora, Conde de Camporeale, soy yo el que os pide á Elena por mujer.

FABIO. (A sus parientes.) Señores, perdonad si somos causa de que presencíeis esta ridícula escena. (Pasa por detrás de Julio.)

JULIO. (Deteniendo con la accion al Conde, que quiere dirigirse al foro.) Conde, una palabra no más, y marchaos despues si quereis. Amo á Elena, y soy correspondido de ella.

FABIO. (Que se halla á la izquierda de Julio) Mientes, miserable. (Pausa.)

JULIO. (Con frialdad.) El que me ha hablado así y no está ya muerto á mis piés, no puede ser sino el hermano de la que me ama. (Volviéndose hácia el Conde.) Conde de Camporeale, necesito una respuesta.

CONDE. Antes de consentir en que Elena sea vuestra, la quitaré la vida con mis propias manos.

JULIO. Guerra, pues, para salvarla de vuestra tiranía, Guerra os declaro á vos, Fabio, que anhelais el patrimonio de vuestra hermana; guerra á vos tambien, Conde, cuya desmedida ambicion no repara en inmolar á una hija; guerra á vosotros todos, y sed testigos del juramento que aquí hago de arrancaros vuestra víctima. (Váse.)

ROD. (Saludando.) El sóldado de D. Juan de Austria le ayudará mientras viva.

MONT. (Aparte mirando salir á Julio.) ¡El hijo de Alberto...! ¡Oh! el cielo me lo envia... Trabajo ha de costarles ahora la víctima á los Orsinis.

ESCENA VI.

DICHOS, menos JULIO y RODOLFO.

CONDE. Señores, la escena que acabais de presenciar ha dado fin á mi irresolucion. Cardenal, tened la bondad de entrar en la habitacion de la Condesa, y preparadla á favorecer mis proyectos. (Montalto entra en el cuarto de la Condesa.) Vosotros, amigos mios, pasareis esta noche en la quinta; ya es tarde, mañana nos volveremos á ver. (Vánse los parientes. Viniendo de pronto al lado de Fabio y hablando con rapidez.) ¡Esta noche vendrá sin duda!

FABIO Pues bien, que esta sea la ultima vez que venga.

CONDE. ¡Es preciso fingir un viaje, una marcha precipitada...!

FABIO. (Llamando.) ¡Roberto! ¡Stephano! (Salen dos criados. A Roberto.) Preparad nuestros caballos al instante.

CONDE. Decid á la Condesa y á su hija, que esta noche estaremos ausentes. (Váse.)

FABIO. (A Stephano en confianza.) Escucha, Stephano... cuento con tu fidelidad... Coge un arcabuz y da la vuelta á la quinta... te ocultarás detrás de los árboles del camino, bajo los sáuces que crecen á los bordes del lago, y si vieres que alguno intenta penetrar aquí, le harás fuego sin compasion; date prisa.

STEP. Sereis obedecido. (Váse.)

CONDE. Vamos pronto, volveremos á entrar por el parque; toma nuestras armas al bajar, Fabio.

FABIO. Esta noche quedaremos vengados, padre mio. (Los criados se llevan los candelabros.)

ESCENA VII.

ELENA; ha anochecido, sale de su cuarto con precaucion, y trae en la mano una lámpara encendida.

ELENA. Se marchan... las órdenes que he oido dar son ciertas, porque los caballos están prontos. (Va á entreabrir la puerta del foro un poco.) Sí, ya han montado y se alejan... ¡Oh! Mi corazon late con violencia al pensar, que despues de quince dias de ansiedad é inútil esperar, Julio podrá al fin detenerse debajo de mis balcones... ¡Que esta noche oiré su voz! ¡Oh! ¡Julio! ¡Julio! De qué hechizo te has valido para cautivar mi alma de este modo... Mi madre está hablando ahora con el Cardenal... Hagámosle entender por medio de la seña convenida, que puede acercarse sin riesgo. (Adelántase con paso trémulo, coge la lámpara y la saca varias veces del balcon, escuchando al mismo tiempo por si vienen. Oyese ruido en la ventana.) ¡Cielos...! Creo haber oido ruido en esa ventana... ¿Por qué es este temor? Tal vez sea él, que haya venido á anunciarme su presencia bajo el balcon... ¡Oh! Sí... Habrá visto la seña... ¡Es tan constante! Le arrojaré mi ramillete para que sepa que pienso en él, que le amo siempre. (Va á arrojar el ramillete por el balcon, y Julio que acaba de escalarle, se presenta á ella de pronto. Elena da un grito.) ¡Ah!

ESCENA VIII.

ELENA y JULIO.

JULIO. (Escalando.) Silencio, Elena... Tranquilízate... soy yo.

ELENA. (Con temor muy marcado.) ¡Vos... vos aquí...! ¿Como?

JULIO. Me he valido de una escala lanzada con mano segura á este balcon.

ELENA. (Alejándose.) ¡Oh! Tengo miedo á vuestro lado.

JULIO. Rechazadme vos tambien, para que no me quede hoy desgracia ni afrenta por sufrir.

ELENA. (Acercándose un poco.) ¡Afrenta! ¿Qué es lo que decís?

JULIO. Sí, hoy he recibido una afrenta que cubre de rubor mi frente... Vuestro padre ha estado esta mañana con vuestro hermano en mi casa, me han hecho sonrojar de mi pobreza y han tenido la insolencia de ofrecerme una limosna... ¡Ah! Tiemblo de ira solo al recordarlo...

ELENA. (Acercándose al cuarto de su madre.) Sosegaos, Julio, sosegaos.

JULIO. Reanimado por la presencia de un amigo, que me ha revelado el nombre de mi padre, nombre glorioso en toda Italia, vine despues á pedirles vuestra mano para el hijo del pobre pero esforzado Brachioforte. Pues bien, Elena, ¿lo creereis? han insultado el nombre de mi padre.

ELENA. ¡Ah! Perdonadlos, perdonadlos.

JULIO. La indignacion me contuvo en su presencia, pero cuando me hallé solo, solo con Rodolfo... me sentí débil como un niño... y lloré de rabia. Elena, (Despues de una pausa.) como lloro ahora.

ELENA. ¡Ah! Comprendo los tormentos que hacen llorar á una mujer; pero los que hacen derramar lágrimas á un hombre, y á un hombre como vos, deben ser terribles, Julio. (Siéntase en el canapé con ademan abatido.)

JULIO. Sí, dices bien, Elena. Y esos tormentos son aun más horribles si son originados como los que ahora sufro, por una idea que incesantemente se presenta á mi imaginacion.

ELENA. (Con sencillez.) ¿Cuál, amigo mio?

JULIO. La de que algun dia, tú, noble y poderosa, puedas tambien echarme en cara...

ELENA. ¡Oh! Callad, no prosigais... ¿Es posible, Julio, que no hayais leido en mis ojos que os preferiré siempre á todas las riquezas, y á todos los

honores de la tierra? No dudeis de mi cariño, amigo mio... ¡Oh! Qué haria yo por volver la alegria á ese rostro... Julio, querido Julio, no dudes de mí... (Pausa corta.) porque te amo. (Silencio.)

JULIO. (Levantando la cabeza con sorpresa y enajenado de alegria.) ¡Y la oscuridad de mi linaje, Elena!

ELENA. Te amo.

JULIO. ¡Y mi pobreza!

ELENA. Te amo.

JULIO. (Levantando la cabeza con arrogancia.) Orgullo de los poderosos, insolencia de los ricos, desencadenáos ahora contra mí... No temo vuestro encono, porque Elena me ama. Elena os desprecia por mí. (Trayéndola al proscenio.) ¡Oh! Mírame ahora, mira mi frente tranquila y serena, mis ojos radiantes de felicidad y alegría.

ELENA. ¡Julio!

JULIO. ¡Oh! No te apartes de mi lado... déjame verte... déjame contemplarte... ¡Cuán bella eres...! ¡Elena! ¡Elena mia! (Cae á sus piés y la besa la mano enajenado. A este tiempo sonará á lo lejos el toque de oraciones, que continuará oyéndose muy bajo hasta el final de la escena.)

ELENA. (Deteniéndole con un sobrecogimiento religioso.) Julio, escucha... es el toque de oraciones, cuyos apagados sonidos llegan hasta aquí desde el convento del Monte-Cavi... Olvidemos en este momento nuestro amor... ¡Oh! No dudes en hacer este sacrificio á la pura Vírgen sin mancilla... los ángeles del cielo ruegan ahora á los piés de su trono... déjame rogar con ellos para que no nos abandone. (Cae de rodillas.)

JULIO. Sí, ruega, ruega á la santa Madona, Elena mia; ella recogerá tus ruegos, porque son tambien los de un ángel; pero escucha. (Pausa, durante la cual solo se oirá el clamor lejano de la campana; Julio se habrá acercado á abrir la ventana por donde entra el sonido.) Júrame aquí, en este instante solemne-

prosternada como estás, que si intentasen alguna vez separarnos por la violencia, vendrás á amapararte de mí al punto, y á ponerte entre mis manos como ahora.

ELENA. Por la salvacion de mi alma, lo juro.

JULIO. Y yo contigo. (Ruido de un cuerpo que cae en el agua.)

ELENA. (Levantándose atemorizada.) ¡Silencio! ¿No oiste? He sentido un ruido en el lago como el que causaria la caida de un cuerpo en el agua.

JULIO. (Corre al balcon, y vuelve al lado de Elena despues de haber mirado.) No... El cielo está despejado, y el lago tranquilo... (A este tiempo aparece Rodolfo y salta dentro del balcon.)

ESCENA IX.

RODOLFO, JULIO y ELENA.

ELENA. ¡Ah! (Julio saca el puñal.)

ROD. Huid.

JULIO. (A Elena.) Es Rodolfo... mi amigo...

ROD. He oido voces en el terrado que está encima de este balcon.

JULIO. Son los criados de la casa.

ROD. No, creo más bien que es una emboscada.

ELENA. ¡Gran Dios!

ROD. Cerca del lago, habia un hombre espiando lo que pasaba en este balcon.

ELENA. Tiemblo á pesar mio.

JULIO. ¿Y no le habeis dicho nada?

ROD. ¡Oh! Lo que es á ese ya no hay que temerle; pedid á Dios que su padre haya sido previsor, y le haya enseñado á nadar.

ELENA. Julio, es preciso separarnos.

JULIO. Pues lo quieres... adios, Elena mia.

ELENA. No olvides que desde hoy tú protejes mi vida.

JULIO. (Con tono solemne.) Y tú, no olvides tampoco tu juramento. (Rodolfo baja primero por la escala, Julio le sigue: cuando está ya fuera del balcon dirige un postrer

adios á Elena.) Elena mia, adios; permíteme que imprima mis labios en tu mano adorada antes de separarnos. (Elena se acerca temblando y alarga la mano á Julio, el cual la llega á sus labios; al mismo tiempo se oye un tiro por cima de sus cabezas. Julio desaparece. Elena, que se habrá hecho de pronto atrás, se queda helada de terror durante un momento.)

ELENA. (Con acento desconsolado.) ¡Oh! ¡Muerto! ¡Muerto!

ESCENA X.

ELENA y LA CONDESA.

COND. (Sale precipitadamente al ruido del tiro, se dirige primero á su hija, despues al bálcon, y al oir el grito de Elena esclama:) No, no le han muerto, la bala ha dado en el cancel de la ventana. (Señala al ángulo de la ventana.) ¡Una escala...! ¡Oh! ¡Imprudente! ¡Imprudente! (Deja caer la escala hácia lo exterior.)

ELENA. (Volviendo en sí.) ¡Madre mia!

COND. Ven, ven.

FABIO. (Sacudiendo la puerta del foro, que Elena ha cerrado.) Abrid, Elena, abrid.

COND. (Cogiendo del brazo á Elena y llevándosela casi á la fuerza.) Ven conmigo, pronto, te matarian si te hallasen aquí.

ESCENA XI.

FABIO; instantes despues EL CONDE, en seguida LA CONDESA y ELENA.

FABIO. (Mirando.) Nadie... (Abriendo el balcon.) ¡No hay escala...! ¿Por qué medio...? (Al Conde que sale seguido de criados con luces.) ¡Ah...! ¿Sois vos, padre mio? ¿Qué habeis decubierto?

CONDE. Nada... ni el menor rastro... ni una gota de sangre.

FABIO. ¿Y Stepehano?

CONDE. (Con furor.) Ha desaparecido... ¿Pero dónde está la infame que nos deshonra? ¿Dónde está?

FABIO. ¡Ha huido con su amante!

CONDE. ¡Ah! (La Condesa y Elena salen á este tiempo. Elena viene apoyada en su madre.)

COND. (Con serenidad.) ¿Qué es esto, Conde? ¿Qué significa este ruido? ¡Poco ha faltado para que vuestra hija, que dormia á mi lado, se desmayase con el susto; miradla qué pálida está! (Momento de silencio y de sorpresa.)

CONDE. (Volviéndose hácia su hijo en voz baja.) Hemos sido burlados. (Acercándose en seguida á Elena y con voz grave.) Elena, dentro de ocho dias sereis esposa del conde Octavio Orsini. (Elena cae sin sentido sobre un sillon al oir estas palabras.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una posada de Italia, en el camino que va de Albano á la quinta Orsini. Empalizada al exterior; más allá, camino tallado en una garganta de montaña árida, por donde se sube al convento de Monte-Cavi. A la derecha, gabinete con una Madona en relieve. Puerta secreta á la altura del segundo bastidor de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MONTALTO; poco despues SCIOTÍ.

MONT. (Sale por la puerta secreta, y despues de haber mirado á todos lados, va á llamar á la derecha.) ¡Sciotti! ¡Sciotti!

SCIOT. (Saliendo.) ¿Sois vos, señor?

MONT. Sí; he entrado por esa puerta, que solo tú y yo conocemos.

SCIOT. (Con respeto.) Vuestra presencia hará descender la bendicion del cielo sobre mi casa.

MONT. (Con gravedad durante toda la escena,) ¿Y mi encargo?

SCIOT. Queda hecho...

MONT. ¿Es decir que el jóven...?

SCIOT. Vendrá.

MONT. (Aparte.) ¡Loado sea Dios!

SCIOT. Vendrá; pero acompañado.

MONT. ¿Cómo?

SCIOT. Acompañado de su fiel condotiero. Temen una nueva emboscada como la de ayer.

MONT. No importa. (Reflexionando; despues de una pausa.) Segun veo, ese soldado le es adicto.

SCIOT. Adora al hijo como adoraba al padre.

MONT. ¿Conocias tú á ese Rodolfo?

SCIOT. Hemos servido juntos hace tiempo... (Más bajo y con intencion.) En tiempo del otro...

MONT. (Interrumpiéndole.) Entiendo... ¿Y esta mañana...?

SCIOT. Hemos renovado relaciones.

MONT. ¿Pero no le habrás dicho una palabra? (Con severidad.)

SCIOT. (Con gravedad.) No ignorais que soy hombre que sé guardar sigilo...

MONT. Verdad es; ni tampoco que puedo contar contigo.

SCIOT. Á vos debo esta posada, y con ella la vida y el pan de mis hijos; Sciotti no olvidará eso jamás.

MONT. Está bien. (Sube hácia el foro.)

SCIOT. ¿Permitís, señor, que os haga una pregunta, vuestro criado más fiel?

MONT. Habla. (Vuelve á bajar.)

SCIOT. (Bajo.) Hoy es 25 de Julio.

MONT. (Con voz sombría.) Lo sé.

SCIOT. ¡Aniversario de la muerte de nuestro desgraciado capitan Brachioforte!

MONT. (Idem.) Asesinado traidoramente por los Orsinis hace quince años.

SCIOT. (Despues de haber mirado á todos lados y bajando la voz.) Los aldeanos de estos contornos, me han preguntado si vendrá como todos los años el padre Anselmo á decir misa en la capilla expiatoria, para el descanso de su alma.

MONT. Vendrá.

SCIOT. Es preciso que sepais, sin embargo, que los Orsinis, han jurado descubrir al atrevido sacerdote...

MONT. (Con fuerza.) Vendrá, te digo... mal que le pese á los Orsinis. (Despues de una pausa.) Solamente dirás á tus amigos, que estén prontos y sean prudentes.

SCIOT. Descuidad, todos nuestros aldeanos pertenecen á alguna cofradía... y vendrán bien armados debajo de sus hábitos de penitentes... Mi mujer está ahí dentro, (Señala al cuarto cuya ventana da frente al público.) disponiendo el mio y el de mi hijo.

MONT. Aquí se acercan Julio y su compañero; déjanos, y vé á prepararlo todo para que mis proyectos tengan feliz éxito. (Váse Sciotti indicando á Julio y Rodolfo el lugar donde los espera Montalto.)

ESCENA II.

MONTALTO, RODOLFO y JULIO armados.

MONT. (Despues de haber tosido varias veces, y dirigiéndose á Julio con su sonrisa habitual.) Perdonad que os haya molestado, caballeros. (Viendo que Rodolfo mira con desconfianza.) ¡Oh! Bien podeis acercaros sin temor... estoy sólo, absolutamente sólo... No tengais recelo. (Les hace seña para que se sienten, y vuelve á toser.)

ROD. (Aparte y pasando á la izquierda.) ¡Oh! No te vale el toser... cojitranco... Desde que te ví en casa de los Camporeale, no he podido pasarte de los dientes adentro... Ayer charlé demasiado contigo; pero hoy has de volverte loco antes de hacerme despegar los labios.

MONT. (A Julio.) ¿Me conoceis, caballero?

JULIO. (Con respeto.) Perfectamente; estábais ayer en casa del Conde de Camporeale, y fuísteis testigo del ultraje que me hicieron.

MONT. Fuí testigo del ultraje, y de la respuesta que dísteis; vuestra energía y entereza me cautivaron.

ROD. (Aparte.) ¿Sí, eh? ¿Piensas engañarnos con zalamerias? ¡Chasco te llevas! (Alto y plantándose delante de él.) En fin, señor mio, ¿qué es lo que nos quereis?

MONT. (Sonriéndose.) ¡Paciencia, hermano, paciencia...! Con paciencia se gana el cielo. (Vuelve á toser. Rodolfo se cruza de brazos haciendo un movimiento de impaciencia Montalto se vuelve á acercar un poco.) Hé ¡aquí de lo que se trata; el Conde de Camporeale desea tener hoy mismo, una entrevista con vos-

otros, y me ha encargado que venga á pedírosla en su nombre.

ROD. (De pronto.) Nos negamos á concedérsela.

MONT. ¿Por qué?

ROD. (Con fuerza.) Porque la cita de un Camporeale es alguna trama.

MONT. Vuestra desconfianza es natural, despues de lo que ha pasado; pero un suceso ocurrido de ayer á hoy en su familia, ha hecho mudar todo de aspecto.

JULIO. (Con viveza.) ¿Un suceso?

MONT. Sí, el cual quiere comunicaros en este sitio, que como veis es terreno neutral, y no ofrece motivo para recelar á ninguno de los dos partidos... tanto más, cuanto que ambos venís bien armados, segun veo.

ROD. (Con intencion.) Por consejo mio; es lo más seguro.

MONT. (A Julio.) ¿Con que consentís?

JULIO. Sí. (Hace una seña á Rodolfo para calmarle.)

MONT. El Conde no tardará en venir.

JULIO. Le aguardaremos.

MONT. (Acercándose más.) Y una vez que nos quedan algunos instantes, permitid que este pobre anciano, que se interesa por vos, (Con intencion.) más de lo que creeis, os haga una pregunta.

ROD. (Aparte.) ¡Hipocriton!

JULIO. Ya os escucho.

MONT. (Con dignidad.) ¿Habeis reflexionado, amigo mio, en la empresa que vais á acometer? ¿Habeis consultado detenidamente vuestro corazon, antes de empeñaros en un lance, en el cual vais á comprometer el sosiego de una familia, la felicidad de una jóven? ¿Habeis indagado si sentís hácia ella, el acendrado cariño que puede únicamente compensar tantos sacrificios?

JULIO. Señor...

ROD. Déjame contestar á mí. (Levantándose.) Tu tienes demasiada modestia. (Viene á ponerse entre los dos.)

Señor mio, nadie le ha interrogado más sériamente que yo sobre ese punto, y por lo tanto puedo responderos, que creo más en la pureza de su amor, que en la infalibilidad del... (Deteniéndose.) No, no es eso lo que queria decir. (Haciéndose un lio.) ¡Ah! Sí, era... pero... no... digo... en fin... estas son cosas que los de vuestra profesion no deben saber; pero son así, ni más ni menos, y cuando una jóven candorosa y honesta nos tiende la mano diciendo, cuento con vos... ¡Por Lepanto y por D. Juan...! Esto debe de ser sagrado... ¿No es verdad, Julio?

JULIO. (Estrechándole la mano.) Sí, has adivinado mi pensamiento.

MONT. (Aparte, levantándose y colocándose entre los dos.) Su honradez me decide. (Alto.) Pues en contradiccion con eso he conocido yo... hará unos veinte y cinco años...

ROD. (Encogiéndose de hombros.) Ea, ¡allá va...! Ahora nos va á contar alguna rancia conseja... ¡Habrá posma como él!

MONT. Eran dos jóvenes de este mismo país, y se querian tambien con un amor firme y verdadero, (Señalando á Julio.) Como el vuestro... La jóven pertenecia á una de las familias más ricas y consideradas de Albano. (Idem.) Como Elena... El mancebo, que venia á tener vuestra misma edad, no contaba por desgracia más que con su buena cara y un carácter audaz y resuelto, lo cual no fué bastante á los ojos del padre, y le negó la mano de su hija. (Tose.)

JULIO. (Con interés.) Continuad.

MONT. Nuestro doncel enamorado, llegó á persuadirse de que un casamiento secreto, era el único medio que podia salvarles, asegurándole al propio tiempo la posesion de la que amaba... por lo que se dirigió á todos los conventos y sacerdotes de Italia.

JULIO. (De pronto.) ¿Y lo consiguió?

MONT. Todos se negaron temiendo el enojo de la familia...

ROD. ¡Cobardes!

JULIO. (Con tristeza.) ¿Y los amantes no pudieron unirse?

MONT. Sí por cierto. Hallóse por fin un monje que se llamaba si mal no me acuerdo, el Padre... ¡el Padre Anselmo!

ROD. ¡El Padre Anselmo!

JULIO. ¿Y ese se atrevió á casarlos?

ROD. ¡Ah! Así me gusta; ese fraile debia tener la manga ancha.

MONT. (Sonriéndose.) La cólera de las dos familias fué terrible al principio; pero el padre acabó por calmarse despues de haber querido tomar el cielo con las manos... (Sonriéndose.) Porque todo se arregla con el tiempo. (Julio se queda pensativo.) Pero esta historia es una excepcion de la regla, y no tiene nada que ver con la vuestra.

JULIO. Sin embargo, decidme, ¿existe todavía ese monje?

MONT. (Con tono superficial.) No tengo noticia de que haya muerto; vivia en estos alrededores, y se hubiera sabido... (Sonriéndose.) Pero yo me estoy aquí charla que te charla... La vejez es habladora.

ROD. Ya lo echamos de ver.

MONT. Quedad con Dios, amigo mio, el Conde va á venir; os aconsejo de nuevo que os mostreis firme, que os reveleis contra la suerte, y que sepais soportar las pruebas que al cielo pluguiera enviaros.

ROD. Amen.

MONT. (Aparte.) ¿Si me habrá comprendido? (Váse por la derecha. Rodolfo acompaña á Montalto y vuelve en seguida al lado de Julio, que se ha quedado muy pensativo.)

ESCENA III.

RODOLFO y JULIO.

ROD. ¡Vaya un hablador! Ayer no habia diablos que le sacasen una palabra del cuerpo, y hoy...

JULIO. (De pronto.) ¿Rodolfo?

ROD. ¿Qué hay?

JULIO. ¿Has oido?

ROD. ¿Qué? ¿El sermon de ese buen hombre?

JULIO. No... ¡Lo que ha contado de los dos amantes! ¿Conoces á ese Padre Anselmo?

ROD. ¿He sido yo fraile por ventura?

JULIO. ¿Pero no has oido pronunciar alguna otra vez ese nombre?

ROD. Aguarda... me parece, si no me engaño... ¿Para qué me lo preguntas?

JULIO. ¡Silencio...! Ya están aquí Camporeale y los suyos: despues te lo diré.

ESCENA IV.

DICHOS, FABIO y CRIADOS; que salen por la derecha.

JULIO ¡Qué veo...! ¡Fabio...! Yo creia que era vuestro padre y no vos el que debia venir.

FABIO. (Con ira reconcentrada.) Mi padre vendrá tambien, pero más tarde; vendrá á hablaros como conviene á su edad; pero nosotros dos somos jóvenes... y supongo que antes de hablar con el anciano deseareis tener una explicacion con el jóven...

ROD. ¿Venís á tendernos algun otro lazo?

FABIO. No, sino á proponeros un desafío; porque ya os podeis figurar que no habia de dejar impune ese insolente amor. La presencia de mi padre me estorbó ayer vengar como queria el ultraje he-

cho á mi familia; pero hoy vengo á exigir una satisfaccion.

ROD. ¡Ah! ¿Con que es un reto? Bien, por vida mia; jamás nos hemos negado á dar á nadie ese gusto. ¿Dónde está vuestro padrino? Seremos dos á dos. (Haciendo ademan de batirse.)

JULIO. (Á Rodolfo con dignidad.) Calla, Rodolfo; el reto ha sido á mí, y á mí me toca contestar. (Á Fabio con sangre fria.) Fabio de Camporeale, no me admira vuestro enojo, y os le disimulo por lo tanto; pero á vuestras injurias y provocaciones, solo contestaré una palabra: sois el hermano de Elena, y no me batiré con vos.

ROD. (De pronto.) ¿No te batirás...? ¿Estás loco?

JULIO. Calla, te digo.

FABIO. ¡Oh! Dejadle... ¿No veis que así ha encontrado un excelente medio de disimular su cobardía?

JULIO. ¡Fabio!

FABIO. (Con ira.) ¡Sí! Eres un vil, un miserable, y acabas de probarme que tu sangre es aun más ruin que la tela de tu ropilla.

JULIO. (Dominándose y con intencion muy marcada.) Pues bien será como deseais... Me batiré.

ROD. Así me gusta, gracias al diablo: ya no te conocia.

JULIO. Elegid armas.

FABIO. (Á un criado.) Pietro: mis pistolas de viaje. (Un criado le presenta dos pares de pistolas.)

ROD. (Colocándose en medio y tomando las pistolas de manos de Pietro.) Poco á poco. Á mí me toca como padrino señalar las condiciones del duelo. Antes de todo es preciso saber quién tirará primero.

JULIO. (De pronto.) Es inútil; Fabio es el ofendido. A él le toca.

ROD. Ya; pero...

JULIO. Lo exijo.

FABIO. Vamos pues. (Se colocan á distancia respectiva.)

ROD. (Pasando á la izquierda del proscenio.) ¿Qué es esto que siento...? Juraría que es miedo... Sí, miedo tengo; pero es por él.

FABIO. (Apuntando á Julio.) ¡Dios tenga piedad de tu alma!

ROD. (Sin mirar.) Y la Vírgen de su cabeza. (Sale el tiro. Julio permanece inmóvil. Rodolfo se vuelve y saluda burlescamente á Fabio.) ¡Ah! ¡Bravo! ¡Buena puntería! Es todo lo que yo deseaba: ahora nosotros. (Se dirije al fondo estregándose las manos.)

FABIO. ¡Maldicion! La ira ha hecho que me temblase la mano, y ese arma se ha negado á satisfacer mi venganza.

JULIO. (Con calma.) Veamos si ha sido la culpa del arma, ó del que no sabe manejarla.

FABIO. (Furioso y enderezando la cabeza.) Date prisa, y no acabemos hasta que uno de los dos cese de existir.

JULIO. (Antes de apuntarle.) Muy erguida llevais la cabeza, Fabio de Camporeale, y á fé que sienta mal la arrogancia con el sombrero calado delante del peligro: cuando yo aguardaba el tiro la tenia descubierta.

FABIO. (Calándose el sombrero.) No estoy de humor de descubrirme delante de un villano.

JULIO. (Apuntándole.) Saludadme pues, Fabio de Camporeale. (Dispara, y le quita á Fabio el sombrero de la cabeza.)

ROD. (De pronto.) Ya ha saludado.

JULIO. Y ahora tened entendido que el que os ha quitado el sombrero podria tambien quitaros la cabeza si la hubiese tomado por blanco. (Un criado levanta el sombrero de Fabio.)

FABIO. (Furioso.) ¡Ah! No quiero deberte la vida; ¡no quiero que digas que me miraste con lástima! ¡Oh! Defiéndete, defiéndete, miserable; tengo sed de tu sangre. (Saca la espada.)

JULIO. (Con sangre fria.) Asesinadme si quereis, pero no espereis que yo saque la espada contra vos.

FABIO. (Fuera de sí.) Defiéndete te digo.

ROD. (Congiendo á Fabio por medio del cuerpo.) Alto ahí, señor mio. Si teneis tanta gana de venir á las manos aquí estoy yo. Os juro por mi nombre

que no perderé el tiempo en daros cuartel. (Colócase con espada en mano frente por frente de Fabio. El Conde de Camporeale se presenta en medio de ellos.)

ESCENA V.

DICHOS y EL CONDE DE CAMPOREALE.

CONDE. ¿Qué veo? ¡Un duelo!

JULIO. (Con frialdad.) No, un duelo no; una leccion de política que acabo de dar á vuestro hijo.

FABIO. (Furioso.) ¡Oh! Dejadme castigar como merece á ese miserable que ha atentado contra el honor de mi familia.

CONDE. Detente, Fabio; á mí es á quién compete vengar las ofensas hechas al honor de la familia, porque soy cabeza de ella, y sabré ser mejor juez que tú en este asunto.

ROD. (Aparte.) Así me gusta; el viejo gruñon tiene buen fondo.

FABIO. (Aparte y envainando la espada.) La presencia de mi padre le ha salvado; pero volveré á buscarle cuando esté solo.

CONDE. (Con sangre fria y dignidad á Julio.) Sin duda os habrá sorprendido mi moderacion; porque el hombre que ha osado poner los ojos en la nieta de los Camporeale debia esperarse que pagaria con la vida semejante audacia; pero ahora ya puedo dejaros vivir sin riesgo. Mi hijo va á acompañarme en este instante á la quinta de los Orsinis para contratar el enlace de Elena con el Duque Bracciano.

JULIO. (Aparte.) ¿Qué oigo?

CONDE. Ayer digísteis en mi casa delante de nosotros todos que érais amado de Elena de Camporeale... y Elena se ha encargado de desmentir por sí misma tan infame impostura, en pro del lustre de nuestro nombre y de la esclarecida alianza que va á contraer. (Admiracion de Fabio.) Leed.

(Le entrega una carta.) ¿Conoceréis sin duda su letra?

JULIO. Sí.

CONDE. (Con furor á Fabio.) Lo habia adivinado. (Señales de inteligencia entre el Conde y su hijo, mientras Julio abre la carta con mano trémula.)

JULIO. (Leyendo.) «Dentro de ocho dias seré mujer de otro: ya no nos volveremos á ver nunca; abandonad vuestro amoroso empeño, y olvidad hasta el nombre de Elena Camporeale.» (Quédase agobiado.)

CONDE. Ya lo veis; ¿persistireis todavía en vuestras descabelladas pretensiones?

JULIO. (Balbuciente.) Conozco que desde ahora no me asiste ningun derecho para ello... Creia en el amor, en la fidelidad... ¡Ilusion...! Desde hoy no volvereis á oir hablar de mí.

CONDE. (Con alegría.) El cielo os haga continuar en esa resolucion. (Bajo á Fabio) Ya estamos libres de él para siempre. (Alto.) Ahora, hijo mio, sígueme á la quinta Orsini, donde nos aguardan (Vánse por la izquierda.)

ROD. ¡Á la quinta Orsini...! ¡Oh! No he perderlos de vista hasta averiguarlo. (Los sigue recatándose de ellos.)

ESCENA VI.

JULIO.

JULIO. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio...! Ahora que ya no están aquí puedo llorar sin verguenza... temí no poderme reprimir delante de ellos, y me sentia próximo á desfallecer. ¡No nos volveremos á ver más ha dicho! (Con dolor.) ¡Elena olvidar á Julio...! ¿Es posible...? Sí, sí, lo he visto escrito, escrito por su propia mano... He reconocido los carácteres queridos que tantas veces he llegado á mis labios cuando me juraban amor, los mis-

mos que hoy hacen alarde de su infidelidad y del olvido de los más sagrados juramentos! (Mirando á la Madona.) ¡Y se atrevió la perjura á jurarlo en nombre de la Madona!¡ Oh, necio de mí, que he creido en la palabra, en la fé de una mujer! (Déjase caer en un asiento cerca de la mesa, y se cubre el rostro con las manos.)

ESCENA VII.

ELENA y JULIO; á este tiempo aparece Elena pálida y extenuada de fatiga y de terror, y acercándose con dificultad viene á caer á los piés de Julio.

ELENA. Julio, Julio... Soy yo.

JULIO. (Volviéndose.) ¡Gran Dios! Elena, ¿tú aquí sola en este sitio? (La sostiene entre sus brazos.)

ELENA. Sí, yo: la misma que te decia ayer: «Si intentan violentar mi voluntad, tendré valor para huir y vendré á buscarte.» La misma contra la cual han empleado hoy sus padres la violencia, y que viene á decirte: «Julio, aquí me tienes á tus piés como ayer á la hora del Ave María.»

JULIO. ¿Pero y esa carta, esa carta?

ELENA. Las amenazas y el dolor me han forzado á escribirla. (Enseñándole la muñeca magullada.) Mira... los hierros de su manopla están señalados aquí...!

JULIO. (Besando el brazo lastimado de Elena.) ¡Oh...! ¡Y yo te acusaba! Perdona, bien mio, perdóname por haber dudado de tí. (De pronto.) ¿Pero quién te ha dicho que yo me hallaba en este sitio?

ELENA. Un religioso que he hallado á pocos pasos de aquí, y que me ha indicado esta posada.

JULIO. ¡Oh! ¡Plegue á Dios que no sea algun espía...! ¿Pero qué tengo que temer ahora si estoy seguro de tí, de tu corazon? ¿Qué me importan Camporeale y Orsini reunidos? ¿Qué me importan los engaños de tu padre... las amenazas de tu hermano? ¡Tu hermano! Aun no hace un mo-

mento que estaba aquí denostándome cruelmente y provocando mi ira... Queria verter mi sangre y me amenazó con la muerte, ¡Elena...!

ELENA. ¡Gran Dios!

JULIO. ¡Oh! Tranquilízate. (Con ternura.) Desconoce los lazos que á él me unen. En vano queria provocar mi furor. Mi amor y tu imágen estaban siempre aquí para defenderla. Le perdono y aun me siento inclinado á amarle. Olvido sus injurias, sus amenazas... Lo olvido todo por tí, que eres su hermana y me amas. (Con entusiasmo.) ¿No está todo compensado con tu amor?

ELENA. Pero has olvidado, Julio, que Octavio Orsini... Quieren que sea su mujer dentro de ocho dias.

JULIO. ¡La mujer de Orsini...! Nunca...

ELENA. ¿Nunca?

JULIO. No: porque hoy has de serlo mia.

ELENA. ¿Tu mujer?

JULIO. (Con fuerza.) Sí, es preciso que hoy mismo quedemos unidos para siempre.

ESCENA VIII.

ELENA JULIO y RODOLFO.

ROD. (De pronto.) ¡Unidos! ¿Qué es lo que dices?

JULIO. Sí, con ella, Rodolfo. (Enseñándole á Elena.)

ROD. ¡Elena Camporeale!

JULIO. No, sino Elena mi amada, á quien han querido arrebatarme, y la cual me pertenece á despecho de los que intentaban tiranizarla; Elena, que lo ha abandonado todo por su esposo... Sí, tu esposo... porque ya lo soy ante Dios, y es preciso que hoy mismo lo sea ante los hombres.

ELENA. ¡Hoy mismo!

JULIO. Es preciso; no nos queda otro medio de salvarnos.

ELENA. ¡Julio...!

JULIO. ¿Vacilas?

ELENA. (Muy conmovida.) No... ¿pero quién bendecirá nuestra union?

ROD. Dice bien.., ¿qué sacerdote osará arrostrar la cólera de los Orsini...? ¡Oh! ¡Padre Anselmo! Tú que no tenias miedo de nada, ¿dónde estás? Hé aquí una buena ocasion de mostrarnos tu valor.

ESCENA IX.

ELENA, JULIO, y UN RELIGIOSO de alta estatura y con la capucha calada se presenta en la puerta del foro; no se le verá más que de perfil: RODOLFO en la izquierda del proscenio.

RELIG. (Con voz clara y sonora.) Aquí me teneis: ¿quién me ha llamado?

ROD. (Estupefacto.) ¡El Padre Anselmo!

ELENA. ¡El religioso que me habló antes! (Elena y Rodolfo se inclinan durante toda esta escena.)

JULIO. (Encaminándose hácia él y con voz conmovida.) Quien quiera que seais, os suplico que me escucheis, padre mio. Me llamo Julio Brachioforte, y soy soldado y plebeyo... amo á esta jóven, que es hija de los condes de Camporeale, y quieren sacrificarla á su política ambiciosa enlazándola con un Orsini!... ¿Os atreveis á salvarla y á unirnos? ¿Os atreveis á llamar sobre vuestra cabeza la venganza de ambas familias?

RELIG. Sí.

JULIO. (Con alegría.) Decid el sitio.

RELIG. En la capilla expiatoria.

JULIO. ¿Cuándo?

RELIG. Dentro de una hora.

JULIO. Allí estaremos, padre mio. (Julio se quiere acercar más hácia él; el religioso le detiene con la accion y se aleja hácia el lado del convento.)

ROD. ¡Oh buen Padre Anselmo...! No te olvidaré en mis oraciones... ganas me han dado de abrazar á un fraile por primera vez en mi vida. (Le sigue hasta la puerta y se queda un momento en el foro.)

ELENA. (Volviendo hácia Julio y de pronto.) Julio, yo no iré.

JULIO. ¿Qué dices?

ELENA. (Con viveza). No puedo.

JULIO. ¿Por qué?

ELENA. (Confusa.) ¿Y mi madre?... ¿Mi pobre madre, cuya desesperacion causariamos con este enlace?... ¡Si tú supieses cuánto me ama!... Ayer quiso mi padre darme la muerte, y ella mintió por salvarme, Julio... por lo mismo la he escrito antes de venir aquí...

JULIO. ¿A tu madre?

ELENA. (Con viveza.) Sí, sabe que huyo de la tiranía, pero no de su cariño; que fiel á mis juramentos vengo á buscar un refugio á tu lado. ¡Oh! No quiera Dios que pueda acusarte nunca de haberla arrebatado su hija! Déjame verla antes y decirla: venid, madre mia, Julio nos espera; venid á béndecir una union que no puede ser dichosa sin vos.

ROD. (Entrando de pronto.) ¡Vuestro padre! ¡vuestro padre!

ELENA. ¡Mi padre!

ROD. Con vuestro hermano me vienen á los alcances.

ELENA. Soy perdida.

JULIO. No temas, Elena, yo estoy á tu lado para defenderte. (Sacando el puñal.)

ELENA. (Fuera de sí.) ¿Dónde nos ocultarémos?

ROD. (Señalando al gabinete.) En ese cuarto

ELENA. (Llevándose á Julio.) ¡Oh! ven, ven.

ROD. Pronto... ya están aquí.

ESCENA X.

JULIO, con el puñal en la mano: CAMPOREALE en el foro hablando con sus criados, RODOLFO delante de la puerta del gabinete.

ROD. (Sacando la espada.) Que hagan la prueba de pasar ahora.

CONDE. (Al foro.) Entremos á descansar un instante en esta posada antes de subir la montaña.

FABIO. (A los criados.) Tened cuidado de nuestros caballos.

ROD. (Aparte.) Estamos cercados... ¿Cómo haria para que se marchasen? (A Sciotti, que se dirige hácia la puerta del cuarto.) ¿Dónde vas?

SCIOT. (Bajo.) Hoy es el aniversario...

ROD. (Idem.) ¿Y qué?

SCIOT. Necesito de mi hábito y el de mi hijo para ir á la capilla.

ROD. ¡Ah! Vuestros hábitos de penitentes. (Señal afirmativa de Sciotti; como asaltado de una idea.) Ya tengo lo que buscaba. (A Sciotti.) Vete.

SCIOT. Pero...

ROD. Vete...

FABIO. (Reparando en Rodolfo) ¡Ah! Todavía aquí.

ROD. Sí, señor, todavía aquí.

FABIO ¿Y vuestro protegido?

ROD. Renunció á todo.

FABIO. (Con tono burlon.) ¿Pues no estaba tan orgulloso?

ROD Sí, pero ahora es muy desgraciado.

FABIO. No seré yo quien le tenga lástima.

ROD. (Con intencion.) Ni yo. (Los dos Camporeale vienen á sentarse á la mesa.)

CONDE. Orsini ha manifestado deseos de apresurar este enlace; no me pesa... de ese modo estará todo terminado mañana.

ROD. (Con intencion.) Mañana.

JULIO. (En voz baja á Elena, que no será vista por el público.)

Lo oyes, Elena... Mañana mujer de Orsini... ¿Dudarás todavía?

FABIO. Me ha parecido que he oido hablar. ¿Quién está ahí?

ROD. (Alzando la voz.) Ahí... ¡Oh! Dos religiosos que han venido á ver á la mujer del pobre Sciotti, que está enferma, y que se dispondrán sin duda á volverse al convento, porque es ya tarde; (Más fuerte.) pero no tienen que descuidarse si han de llegar á tiempo, porque la noche se nos va echando encima y van á cerrar el convento.

FABIO. ¿Por qué no salen?

ROD. No sé... el respeto... el temor de molestaros tal vez.

CONDE. ¿Por qué?... Que salgan; á nosotros no nos toca sino cederles el paso. (Habrá caido la noche: ábrese á este tiempo la puerta y aparecen dos religiosos vestidos de negro. Los dos Camporeale se levantan y se descubren.)

JULIO. (Bajo á Elena.) Valor.

CONDE. (Saludando.) El cielo os guarde, padres mios. (Elena inclina la cabeza; Fabio hace un movimiento; Julio va á descubrirse; Rodolfo, que los sigue, lo advierte y los separa de pronto de los Camporeale, que vienen despues hácia el proscenio.)

ROD. Ya es tarde, hermanos; si lo permitís os acompañaré, para que no os suceda nada en el camino.

CONDE. No olvideis decir á vuestro amigo que recuerde la promesa que me ha hecho... y sobre todo que se aleje.

ROD. Si no dependiese mas que de mí, os aseguro, señores, que ya estaria léjos de aquí. (Bajo á Sciotti al salir.) Entreten á los criados, me llevaré sus caballos para ir más aprisa. (Váse precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA XI.

EL CONDE y FABIO.

FABIO. ¿No habeis notado, padre mio, algo de particular en el porte y ademán de esos dos religiosos?

CONDE. ¿Por qué?

FABIO. ¿No habeis reparado como yo que el más alto pasó con aire altanero por delante de nosotros sin volvernos el saludo?

CONDE. Iria sin duda absorto en sus contemplaciones.

FABIO. Creo más bien que lo hizo con torcida intencion, porque habiendo hecho yo un movimiento hácia él, le ví llevar de pronto la mano á la cintura como si buscase un puñal.

CONDE. ¡Qué idea!

FABIO. Ahora siento no haberles levantado las capuchas para verles el rostro.

CONDE. Ya ha oscurecido; pongámonos en camino, porque es tiempo de volver á la quinta. (*Se disponen á marchar*)

ESCENA XII.

EL CONDE, LA CONDESA, FABIO y *criados con teas.*

COND. Deteneos, Conde.

FABIO. ¡Mi madre!

CONDE. ¿Qué significa esta venida, señora?

COND. (*Con voz alterada.*) Es preciso que yo os hable antes de que volvais á entrar en la quinta; es preciso que antes me concedais una gracia.

CONDE. ¡Una gracia...! ¿y por qué razon venís á pedírmela aquí...? ¿Os parece este tiempo y lugar oportuno...? ¿No podíais haber aguardado mi regreso á nuestro palacio de Albano?

COND. (*Con intencion.*) No, porque entonces hubiera sido quizá demasiado tarde. (*Apoyándose en esta frase.*)

Y es preciso que sea aquí donde os hable; es preciso que sea aquí donde me oigais, (Con autoridad.) y me oireis, conde de Camporeale.

CONDE. (Sorprendido.) Señora, abreviemos; ¿qué me quereis?

COND. (En tono de súplica.) Quiero que me prometais aquí mismo que renunciareis á esa alianza con los Orsini, á esa alianza que ha de labrar la infelicidad de nuestra hija, y que (acordaos bien de lo que os digo) ha de causar la desgracia de todos nosotros.

CONDE. No está en mi mano haceros esa promesa, señora.

COND. ¿Y por qué?

CONDE. Porque á la hora de esta, vuestro hijo y yo, hemos estado ya en la quinta Orsini: el Duque Bracciano tiene mi palabra.

COND. No importa; la retirareis. (Con energía.)

CONDE. ¡Retirar mi palabra!

COND. Sí, la retirareis... y salvareis de ese modo á vuestra hija. (Con viveza y calor.) Direis á Orsini: «Deseaba este enlace, porque le creia posible, porque le creia ventajoso y de feliz augurio para ambas familias; pero mi hija llora, mi hija es desgraciada... y vengo á romper con vos... porque no quiero ser el verdugo de mi hija.» (Con mucha naturalidad.) Hé aquí lo que le direis.

CONDE. Señora, el cariño maternal os ciega, y me admira por cierto vengais á proponerme...

COND. (Animándose por grados.) ¡Ah! ¡Os admirais! Sí, es verdad... Me arrebatásteis un dia mi hija para llevar á cabo vuestros planes ambiciosos... me la volveis en seguida para volvérmela á arrebatar otra vez... y me atrevo á quejarme y os la reclamo... ¡Ciertamente que soy una madre bien exigente y bien loca! (Con resolucion.) Camporeale, ¿creísteis que esta segunda separacion habia de ser como la primera? ¿Creísteis que una tan larga ausencia habia de haber aislado á la madre

de la hija y á esta de su madre, y que ambas no habian de volver á encontrarse juntas? (Con fuerza.) Pues bien, os engañásteis; se han vuelto á encontrar las dos... He estrechado entre mis brazos á mi querida hija, que todo me lo ha dicho... me ha abierto su corazon deshecha en llanto, y hemos llorado juntas. (Llora.)

FABIO. ¡Qué oigo! Y no temeis, señora, hacer esa declaracion á mi padre... ¿Es posible que vos, madre mia, os hayais hecho la confidenta de la ridícula pasion de mi hermana?

COND. (Con autoridad á su hijo.) ¿Y á quién mejor que á su madre ha de confiarse una hija; decid? ¿Tenia tampoco por ventura otro seno donde llorar y apoyar su afligida frente...? Su padre no la ha tributado jamás la menor caricia, y en cuanto á su hermano, hace ya largo tiempo que para ella es como si no existiera... ¡Ah! Si no hubiera sido por mí... por su pobre madre, estaria ya muerta.

CONDE. Vivís engañada, señora, no lo estaria: una jóven no se muere por cumplir con la voluntad de sus padres.

COND. Reparad bien en lo que decís, Conde. Elena es dócil y sumisa, pero tiene una imaginacion ardiente y es vuestra hija... Creedme. No la reduzcais á la desesperacion... Yo me atrevo á prometeros que renunciará á ese hombre... os prometo que lograré hasta que se aleje... sí, no dudo obtenerlo... pero os suplico tambien que por vuestra parte no impongais á vuestra hija un enlace que detesta... concedednos algun tiempo para que yo pueda hablarla y calmar su exaltado espíritu... un plazo, señor Conde, ¡concedednos un plazo!

CONDE. Mañana quedará todo terminado, señora.

COND. ¡Mañana...! ¿Qué quereis decir?

CONDE. Que nuestra hija será mañana esposa de Octavio Orsini.

COND. ¡Mañana...! ¡Mañana...! ¡Oh! Es imposible. ¡Pero no sabeis...! (Con desesperacion.) Conde, es vuestra hija, y no querreis sacrificarla... ¡Fabio, venid á interceder conmigo por vuestra hermana! Ayudadme á convencer á vuestro padre, ayudadme á buscar palabras que le lleguen al corazon.

FABIO. ¿Quereis que yo pida á mi padre que retracte su palabra y que ceda á los caprichos de una loca que deshonra nuestra familia? Nunca, señora, no lo espereis.

COND. Oh, Fabio, sois muy cruel... ¿Pero olvidais que Dios no bendice á los que no escuchan los ruegos de su madre?

CONDE. (Subiendo hácia el foro.) Basta, señora, basta... he escuchado vuestras quejas seguro de que no habian de apartarme de mi resolucion... Pero ya es tarde, y es preciso que nos pongamos en marcha: mañana de regreso en mi palacio de Albano, llamaré á vuestra hija.

COND. (En tono de mofa.) Sí... sí... mañana cuando esteis de vuelta en vuestro palacio, llamareis á vuestra hija... pero la voz de vuestra hija no os responderá, porque vuestro palacio está desierto, y ya no teneis hija.

CONDE. (Bajando de pronto.) ¿Qué decís?

COND. Digo que instigada por vuestra violencia y tiranía, vuestra hija ha llegado al cúmulo de la desesperacion, y ha huido esta mañana para ponerse á cubierto de vuestro inhumano rigor.

FABIO. ¡Qué audacia!

CONDE. ¡Oh rabia!

COND. Hé aquí la desgracia que yo queria evitar; si me hubiéseis escuchado cuando he venido aquí, hubiera ido á llevarla vuestro perdon... la hubiera buscado hasta en las entrañas de la tierra... la hubiera alargado mis brazos, y aun cuando se hallare fugitiva con su raptor, hubiera corrido á precipitarse en ellos; (Con amarga ironía.) pero vosotros no habeis querido oir nada: inútilmen-

te os he suplicado que tuviéseis compasion de mí, de vosotros mismos, ¡del honor de vuestro nombre...! Sois implacables (Con resolucion y de pronto.) Pues bien, coged ahora lo que habeis sembrado.

FABIO. Ahora no puede estar sino con ese hombre aborrecible... corramos á arrebatársela, padre mio.

COND. (Desafiándoles.) Sí, con él está... lo sé... me lo ha escrito... porque no ha sido de mí de quien ha huido. (Acercándose al Conde.) Ha sido de vos, de vuestra insufrible tiranía.

CONDE. (Furioso y cogiéndola por el brazo.) Señora...

COND. (Llorando.) ¡Oh! ¿Qué mal podeis hacerme ya? Me habeis quitado á mi hija.

CONDE. ¿Pero dónde se ha refugiado esa infame?

ROBERT. (Saliendo.) Señora, vengo... (Se detiene viendo al Conde.)

COND. ¡Calla!

CONDE. Habla, yo te lo mando.

ROBERT. (Despues de vacilar un instante.) Acabo de hacer las pesquisas que la señora Condesa me ha encargado.

CONDE. Y bien.

ROBERT. He averiguado que vuestra hija se ha encaminado hácia la montaña.

FABIO. (De pronto.) ¡Hácia la montaña! Entonces ha debido pasar por aquí... (Recordando.) Sí, sí, estaba aquí... esta mañana. (Stephano entra en el cuarto de Sciotti á una seña del Conde.)

COND. (Yendo á la mesa.) Oh, Dios mio, tú que sabes dónde está, dígnate proteger sus pasos.

STEPH. (Volviendo á salir.) Señor Conde, en este cuarto no no hay nadie, pero he encontrado en el suelo este brazalete... (Se le entrega al Conde.)

FABIO. ¡El brazalete de mi hermana! (Á Roberto.) Roberto, nuestros caballos al instante... (Volviendo al lado de su padre.) No hay duda... el aire altanero del mayor de esos religiosos. Padre mio, eran ellos.

CONDE. ¡Ah! No hay que peder tiempo. (Habla en voz baja á Stephano.)

COND. ¡Qué será de nosotros, Dios mio!

ROBERT. (Volviéndose y dirigiéndose á Fabio.) Señor, he encontrado las riendas cortadas, y los caballos han desaparecido.

CONDE. ¡Oh! ¡Es una maquinacion infernal!

FABIO. He de alcanzarlos, aun cuando se oculten en el mismo infierno... Julio, vas á pagarme la afrenta de esta mañana. Seguidme. (Váse por el primer bastidor de la izquierda seguido por los criados.)

CONDE. Gritando desde lejos á Fabio.) Fabio, dales muerte si los encuentras.

COND. (Levantándose con espanto y lazándose á su esposo.) ¡En nombre del cielo! Revocad esa órden.

CONDE. Dejadme.

COND. (Asiéndose de él.) No, yo misma iré... la hablaré... y la traeré hasta vuestros piés.

CONDE. ¡Vos! ¡Vos...! Habeis olvidado que no estais sola; no ireis, no; escuchad bien lo que voy á deciros: soy vuestro señor y dueño, y os prohibo expresamente que salgais de aquí hasta mi regreso. (La Condesa cae de rodillas impelida por la mano del Conde, el cual se aleja rápidamente por la izquierda.)

ESCENA XIII.

LA CONDESA sola, de rodillas delante de la puerta, y con voz moribunda.

COND. ¡Conde...! ¡Hijo mio...! ¡Fabio...! No me oyen, se han marchado... ¡Oh! Es perdida si la encuentran... y yo apenas tengo fuerzas para levantarme... ¡Infeliz madre! (Llora: óyense á este tiempo voces y tiros en la montaña.) ¡Gran Dios...! ¡Será ella... ¡Oh! Es imposible... Vamos... No puedo. (Desolada.) Para qué me sirve ser madre, si no puedo correr á defender á mi hija. (A la Madona.) Santa Madre del Salvador, sólo tú puedes

salvarla ya. (Cae nuevamente de rodillas delante de la Madona. Otros tiros. A este tiempo se ve descender á Julio por la colina con la daga en la mano, sosteniendo á Elena.)

ESCENA XIV.

LA CONDESA, JULIO y ELENA.

ELENA. No puedo más.

JULIO. Vuelve en tí, querida Elena.

ELENA. (En el dintel.) ¡Oh! En qué momento acabamos de unir nuestra suerte... Julio, esa sangre me estremece.

COND. (Volviéndose.) ¡Ah!

ELENA. ¡Mi madre...! (Vuela á sus brazos.)

COND. ¡Hija mia! ¡Hija mia querida! (Con alegría trayéndola al proscenio.) ¡Ah! ¡No la han muerto!

ELENA. (Señalando á Julio.) Dadle á él las gracias, madre mia.

COND. ¡Oh! ¡Bendito seais vos, que me la volveis...! Pero huid de su cólera, huid; van á volver al instante. (Se dirige hácia el foro.)

ELENA. Mi madre tiene razon; huye, Julio; ahora estoy segura; huye, amigo mio.

COND. (En el foro.) Ya no es tiempo.

Voces en la montaña. ¡Venganza! ¡Venganza!

COND. Vienen hácia aquí.

ELENA. Salvadle, madre mia, salvadle.

JULIO. (Pasando entre las dos.) Dejadme, yo sabré abrirme paso. (Voces á la derecha.)

ELENA. (Asiéndose á él.) Eso es correr á la muerte.

COND. ¡Y si se queda aquí, tambien es perdido!

ELENA. (Con acento desesperado y viniendo á colocarse á la derecha del proscenio.) ¿Quién le salvará? ¡Dios mio!

MONT. (Saliendo por la puerta secreta.) Yo. (Coje á Julio y le trae á la entrada del pasadizo subterráneo.) Por aquí. (Le lleva precipitadamente: las dos mujeres se quedan atónitas.)

ELENA. (Arrojándose en los brazos de su madre.) Se ha salvado, madre mia, se ha salvado. (Los criados de Camporeale atraviesan corriendo el teatro con teas encendidas.)

ESCENA XV.

ELENA, LA CONDESA y EL CONDE, con la espada en la mano.

COND. (Temblando por su hija y poniéndose delante de él.) ¡Perdon! ¡Perdon! (Silencio.)

CONDE. (Cruzándose de brazos y con ira reconcentrada.) ¿Sabeis que ya no tengo hijo, señora?

COND. (Desolada.) ¡Fabio!

CONDE. ¿Y sabeis quién le ha asesinado?

COND. (Con horror.) ¡Asesinado!

CONDE. ¡Brachioforte!

COND. (Dando un paso hácia la puerta secreta.) ¡Él!

CONDE. (De pronto.) ¿Le habeis visto? (Mirando á todos lados.)

ELENA. (Con rapidez y en voz muy baja á su madre.) No ha sido él, madre mia... Si Julio muere, morirá tambien vuestra hija.

CONDE. Vamos, señora... ¿No me respondeis? ¿Le habeis visto?

COND. (Con voz conmovida.) No, no, no he visto nada. (Mira á su hija y esta la besa las manos.)

CONDE. (A los criados.) A la montaña. (Con intencion.) Yo os juro, que el asesino no ha de escaparse esta vez.

Todos. ¡Venganza, venganza! (Vánse todos corriendo por la izquierda, excepto el Conde, que se queda mirando á las dos mujeres.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de los jardines del convento del Ave Maria; verja al foro; á la derecha, entrada de una capilla de la edad media con varios escalones. Jardin y banco á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, UNA RELIGIOSA; poco despues LA SUPERIORA con hábito azul y blanco.

REL. (A la Condesa.) Aquí teneis á la Superiora por quien preguntábais.

SUPER. (Saliendo.) Perdonad si os he hecho esperar, querida parienta; tenia que despedir á una de mis colegialas, á quien quiero casi tanto como á Elena.

COND. ¿Alguna colegiala que vuelve con su familia?

SUPER. Pluguiera al cielo; esa idea me consolaria algun tanto de su separacion; pero la jóven Lucía de Mendello, sólo deja el convento del Ave María, para entrar de profesa en la Abadía de Castro; esta noche pronuncia sus votos, y se cierran por siempre para ella, las puertas de la austera Abadía.

COND. ¿Esta noche?

SUPER. Tales son las órdenes de la abadesa; se ha mostrado inexorable, y no ha querido concederle ningun plazo.

COND. ¡Qué rigor!

SUPER. Vos, señora Condesa, vendreis á ver sin duda á la contristada Elena. (A la religiosa.) Avisad á

Elena Camporeale. (Váse la religiosa.) ¡Vuestra presencia va á colmarla de alegría...! Hace tanto tiempo que espera vuestra venida inútilmente...

COND. Quiera Dios que así suceda, y que no se niegue por más tiempo á acceder á los deseos del Conde, que ya son tambien los mios.

SUPER. ¿Ha renunciado por ventura el Conde á sus proyectos de familia?

COND. ¡En el dia menos que nunca: la alianza con los Órsinis le ocupa sin cesar; es ya en él una idea fija, un pensamiento incesante de venganza, hácia el hombre que él cree asesino de su hijo, y la cual quiere ejercer sobre su propia hija, causa inocente de aquella terrible desgracia! ¡Hoy he recibido una carta del Cardenal Montalto, que vive retirado en Venecia, y de quien no habiamos oido hablar hace un año; si he de juzgar por algunas palabras que el Conde ha pronunciado al leerla, no le quedan sino pocos dias que vivir al sumo pontífice... El Conde le ha contestado inmediatamente, y ha expedido al mismo tiempo un correo á los Orsinis: es preciso que Elena se decida hoy mismo; es preciso que consienta en casarse con Octavio Orsini, ¡oh! tiemblo solo al pensarlo, una reclusion eterna...

SUPER. ¡En Castro...! ¡Oh! Que consienta, que consienta primero que entrar en esa sombría Abadía... ¡Recordad lo que os he contado en otro tiempo bajo el más profundo secreto, cuando os supliqué que hiciéseis valer vuestro influjo para que yo saliese de allí!

COND. Sí, el recuerdo solo de aquellos terribles misterios, me hiela de terror.

SUPER. Aquí se acerca Elena; haga el cielo que la conmuevan vuestras súplicas. (Váse. Sale Elena.)

ESCENA II.

ELENA con hábito de colegiala, LA CONDESA y STEPHANO.

ELENA. ¡Ah! ¡Madre mia! ¡Querida madre mia!

COND. Serénate, Elena, y no aumentes con tu alegría, la emocion que me causa esta entrevista.

ELENA. (Con alegría.) ¡Ah! Dejad, dejad que bese vuestras manos... ¡Hace tanto tiempo que estoy privada de este gusto! (Se las besa varias veces.)

COND. (Muy conmovida.) Elena querida, tus caricias me llegan al alma... pero no ejerzas por más tiempo el mágico poder que tienes para enternecerme; soy débil, lloraria contigo, y he venido aquí, bien lo sabes, para un asunto muy grave é importante.

ELENA. ¡Oh! ¡Madre mia, al veros siempre tan generosa y buena conmigo, al sentir vuestros brazos en derredor de mi cuello... vuestros labios en mi frente, todo lo habia olvidado; no tuve más que un pensamiento... mi madre... la felicidad de mi madre!

COND. (Haciéndola sentar en un banco cerca de ella.) Pues bien, si es verdad que me quieres, pruébamelo hoy, Elena... Puedes hacerlo... Escucha. Tu padre, que habia jurado no volverte á ver, vendrá aquí dentro de pocos momentos.

ELENA. (Trémula.) ¡Mi padre!

COND. ¿No has sido tú misma la que has reclamado su presencia?

ELENA. (Con voz cariñosa.) ¡Oh! Por lograr la vuestra, de la cual he estado privada hace tanto tiempo.

COND. Advierte, hija mia, que de esta entrevista va á depender tu felicidad y la mia, el sosiego de todos nosotros... Tu padre está irritado y es infeliz; llora todos los dias á su querido hijo, á su hijo, arrebatado por tu funesta pasion.

ELENA. (Con viveza.) ¡Oh! No fué él, os lo juro...

COND. Lo creo; de otro modo seríamos demasiado culpables, tú, en amarle aun, y yo, en no maldecirle.

ELENA. ¡Oh! ¡Madre mia! (Solloza en sus brazos.)

COND. Elena, ¿por qué alimentar aun descabellas esperanzas...? Ya sabes que ese hombre ha huido de Italia, que no puede volver á aparecer en ella jamás. ¿No te ha trazado él mismo con su conducta, la que tú debes seguir...? Sin duda ha comprendido al fin, que era preciso romper toda relacion entre nosotros, y ni una sola carta...

ELENA. ¡Oh! Es verdad. (Con desconsuelo.) ¡Y sin embargo, no puede haberme olvidado, es imposible!

COND. ¿Pero qué es lo que esperas aun, hija desventurada? No debo ocultártelo por más tiempo; si tu padre encuentra hoy resistencia á su voluntad, está resuelto á hacerte pronunciar tus votos.

ELENA. (Con terror.) ¡Mis votos! ¡Yo! ¡Yo religiosa!

COND. (Levantándose.) Sí, votos eternos, irrevocables... Elena, reflexiónalo bien, van á separarte de mí, de tu madre, para siempre... ¡Por un cláustro en donde nadie ha penetrado! ¿Y sabes qué mujer es la superiora de la Abadía de Castro...? La mujer cuya voluntad es ley, y cuyas sentencias son sentencias de muerte muchas veces...! Es la abuela de los Orsinis, cuyo enlace has rechazado... esa mujer es el alma, el génio terrible de la familia, cuyos planes ambiciosos dirige y arregla desde el fondo de su retiro... ¡Oh! ¡Infeliz, infeliz de tí, hija mia, si despues de una formal negativa, que seria un ultraje para su familia y para ella, te ponias en manos de su venganza!

STEPH. El señor Conde acaba de llegar en este instante al convento.

COND. ¡Ya!

STEPH. Ha mandado llamar á la señora Superiora.

COND. (Trémula.) ¡Oh! No hay que vacilar ya, hija mia. Escucha lo que habia jurado no decirte jamás, y la necesidad me obliga á revelarte. ¡Ya sabes que antes de ser nombrada nuestra parienta superiora de esta casa piadosa por el influjo de nuestra familia, estaba en la Abadía de Castro...! Pues bien, allí tenia una amiga de la infancia que osó arrostrar la cólera de la abadesa soberana... Tres dias despues se apoderó de ella un mal desconocido, la trasportaron á una celda distante, so pretesto de prodigarla los mayores esmeros... ¡desventurada! Su enfermedad se declaró mortal; nuestra parienta obtuvo el permiso de velar á su lado una noche, ¡la última de su vida...! Arrodillada al pié del lecho mortuorio, oraba con fervor derramando lágrimas en abundancia, cuando recobrando de pronto un rayo de fuerza y de razon, la infortunada víctima, pálida, extenuada, se volvió hácia ella, y con una voz cuyos acentos, parecian aun más proféticos que la agonía: «¡Huye, la dijo, huye de las paredes de este cláustro, porque son mortíferas! ¡Huye de esta celda sobre todo, porque esta celda da la muerte!»

ELENA. ¡Gran Dios!

COND. Juzgad ahora de mi terror, despues de esta terrible revelacion, Elena mia, cuando pienso que tú, mi hija querida...

ELENA. (Haciendo un esfuerzo.) Pues bien, todo lo sabreis...

STEPH. El señor Conde. (Anunciando.)

ELENA. ¡Mi padre!

COND. ¡Silencio! (Sale el Conde con rostro sombrío; viene vestido de luto: Elena corre á él, y se postra á sus piés.)

ESCENA III.

DICHAS y EL CONDE.

CONDE. (Con severidad.) No me admira que al verme os prosterneis, Elena; no me admira que no podais mirar sin rubor esta cabeza encanecida en solo un año, este rostro arrugado y marchito por el dolor, (Con dureza.) porque vois habeis sido la causa de mi dolor, vos, la que me traeis cubierto con este vestido de luto y desconsuelo.

ELENA. (Con timidez.) Padre mio, perdonadme.

CONDE. Levantaos. (Elena se levanta.) Antes de perdonaros quiero oiros.

ELENA. (Bajo á su madre.) Madre mia, yo tiemblo.

COND. Valor, estoy á tu lado.

CONDE. Vos sois la que habeis solicitado mi presencia. Hablad. ¿Qué teneis que decirme?

ELENA. Jamás ha resonado vuestra voz en mis oidos con acento más severo, padre mio; ¡oh! muy culpable soy, si sólo veis en mí, la causa principal de vuestro acerbo dolor y del terrible golpe...

CONDE. De asesinato, decid más bien..

ELENA. (Con desconsuelo y cariño.) ¡Oh! ¿Qué es lo que he de hacer, para aminorar al dolor de una tan cruel pérdida? Sé que no puedo llenar en vuestro corazon el lugar que mi desdichado hermano ocupaba; sé que al perderle habeis perdido con él, al heredero de vuestro nombre, al hijo en que habíais fundado todos vuestros sueños de gloria, todas vuestras esperanzas... pero dejadme creer que esa terrible herida no será eterna, que yo lograré cicatrizarla algun dia á fuerza de esmero y de caricias... llorad, padre mio, llorad á vuestro hijo; pero no olvideis que os queda una hija.

CONDE. (Con severidad.) Aun podré acordarme si me amais.

ELENA. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias!

CONDE. Aun podeis entrar de nuevo, Elena, (Con intencion.) en un palacio del cual no debíais haber salido nunca, y volver á ocupar el lugar que os corresponde al lado de vuestra madre.

COND. Ya lo oyes, hija mia; tu padre te tiende la mano... Sé tambien generosa; ¡hemos sufrido tanto!

CONDE. Pero escuchad la única condicion que tengo que imponeros. El nombre de Camporeale, que por culpa vuestra va pronto á hundirse conmigo en la tumba, puede reaparecer todavía con brillo y explendor. Orsini...

ELENA. ¡Orsini...!

CONDE. (Con severidad.) ¿Me has comprendido?

ELENA. (Con voz suplicante.) Padre mio, el cielo es testigo de que desearia poder satisfaceros, aun cuando fuese á costa de toda mi sangre; pero ya sabeis...

CONDE. (Con mayor severidad.) ¡Elena!

ELENA. Este corazon que deseais que entregue á otro...

CONDE. ¡Elena!

ELENA. No es ya mio.

CONDE. (Con un grito de cólera.) Pues bien, olvidaréis... (Con voz sombría.) Y yo, ¿no tengo nada que olvidar por ventura?

ELENA. (Con desesperacion.) Pero... yo... ¡es imposible!

CONDE. (Colérico.) ¡Imposible!

COND. ¡Oh! No, no es imposible, si piensas en nosotros, si piensas en tu madre que te lo suplica.

ELENA. (Desprendiéndose de sus brazos y fuera de sí.) ¿Y si ya no pudiese obecer... decid, madre mia?

CONDE. (Cogiéndola por el brazo.) ¡Oh! Piensa bien lo que vas á decir... He jurado que Orsini será mi yerno, y si te negases á seguirle al altar...

ELENA. (Con voz apagada.) Antes de llegar al altar me veríais muerta.

CONDE. Pues bien; (Fuera de sí.) muerta habias de enlazar tu mano con la suya.

ELENA. Entonces preparad mi sepulcro, porque hace un año...

CONDE. ¿Hace un año? acaba...

ELENA. (Despues de vacilar y mirando á su madre.) Hace un año que no soy libre.

CONDE. ¿Qué dices?

ELENA. Estoy casada...

CONDE. (Sacando la espada y con acento terrible.) ¿Casada con el asesino? ¡Ah!

COND. (Dando un grito é interponiéndose entre su hija y su esposo.) ¡Oh! No la mateis, es el único hijo que nos queda... ¡Oh! Sois implacable... ¡Mirad!... ¡Mirad!... (Elena, pálida y desfallecida, cae en los brazos de su madre.)

CONDE. ¡Implacable decís, y aun vive! Implacable... y no he descargado sobre ella mi venganza... (A su hija.) Respóndeme: ¿cuándo se efectuó ese casamiento?

ELENA. Aquella noche... padre mio... La misma noche que huí de vuestra casa.

CONDE. ¡La noche del asesinato de tu hermano! Infame... Pero no, tú mientes.

ELENA. ¡Ah!

CONDE. (Con furor.) Ningun sacerdote en toda Italia hubiera tenido la audacia... ¡Su nombre, el nombre del sacerdote, pronto!

ELENA. (En voz baja.) Se llamaba el Padre Anselmo.

CONDE. ¡El Padre Anselmo!

ELENA. Del convento de Monte-Cavi.

CONDE. Del convento... (Asaltado por una idea repentina.) El Prior se halla aquí... sí, le he visto al entrar... viene á asistir á la profesion de Lucía de Mendello; él hablará y te confundirá. (Subiendo al foro.) Hola, Stephano. (Sale Stephano.) Decid al Prior del convento de Monte-Cavi que deseo hablarle y le espero aquí al momento. (Váse Stephano: el Conde vuelve á bajar hácia el proscenio.) ¡Oh, si es una fábula que tú acabas de inventar para engañarnos!

ELENA. Padre mio, os juro...

CONDE. (Acercándose á ella con tono amenazador.) No jures... ¡y pide más bien á Dios que sea una mentira de tu amante! Un enredo forjado para alucinarnos... porque si fuese cierto... ¡Oh infeliz! ¡Infeliz de tí!

ESCENA IV.

DICHOS y EL PRIOR.

PRIOR. (Con calma y dignidad.) ¿Me habeis llamado, señor Conde?

CONDE. (Reprimiéndose con dificultad.) ¿Sois vos el Prior del convento de Monte-Cavi?

PRIOR. El mismo.

CONDE. ¿Sabeis el nombre de todos vuestros religiosos?

PRIOR. Todos.

CONDE. ¿Conoceis al Padre Anselmo? (Elena aguarda la respuesta con ansiedad.)

PRIOR. No: ese nombre es para mí desconocido.

CONDE. (Con alegría y mirando á su hija) ¡Ah!

ELENA. ¡Gran Dios! (Continúa escuchando.)

PRIOR. En otro tiempo hubo un religioso que se llamó así; pero murió hace dos años, y desde entonces ninguno de nuestros hermanos ha tomado ese nombre.

CONDE. (Mirando á su hija.) ¿Y estais bien cierto de lo que afirmais?

PRIOR. Como que yo soy el que envio todos los años al cardenal Farnesio el estado de las órdenes religiosas de los estados romanos, para que dé cuenta de ellas á Su Santidad: os repito que ese nombre no consta en ninguna de las relaciones.

ELENA. (Con desesperacion.) ¡Oh! ¡Es imposible!... ¡Dios mio!...

CONDE. ¿Y estais pronto á firmar esa declaracion?

PRIOR. Siempre que gusteis, señor Conde.

CONDE. En este instante, Stphano, mi libro de memorias. (Stephano trae al Conde su libro de memorias; el Prior escribe mientras aquel mira á su hija.)

ELENA. (Dejándose caer sollozando en el seno de su madre.) ¡Oh! ¡Madre mia! ¡Madre mia, me engañaba!

CONDE. (Volviendo al lado del Prior, que continúa escribiendo y señalando con la mano.) Firmad. (El Prior firma y le entrega el libro.) Está bien, gracias. (Al Prior alzando la voz.) Tened la bondad de decir á la Superiora de este convento que hoy tomarán el velo dos religiosas en vez de una.

ELENA. ¡El velo!

CONDE. (Sin mirar.) Decídselo así, que ella entenderá lo que quiero decirla. (Baja hácia el proscenio y se dirige á la Condesa. El Prior se retira.) Vos, señora, disponedlo todo para la sagrada ceremonia. (La Condesa quiere replicarle.) ¿Me habeis oido, señora?

COND. ¡Pero Elena!...

CONDE. Elena obedecerá. (La hace seña para que se retire.)

ESCENA V.

ELENA y EL CONDE.

CONDE. (Viniendo á coger á Elena por el brazo y en voz baja.) Tiempo es ahora de que lo sepas todo... ¡Ah! ¡Creías que yo habia de olvidar á los muertos como tú! ¿Creías que luego que la losa funeraria hubiese caido sobre el sepulcro no oiria ya la voz de mi hijo? No, no, mi venganza estaba siempre en vela y espiaba silenciosamente al asesino; desde el fondo de mi palacio seguia los menores movimientos de ese Julio aborrecido... le he seguido por España, Nápoles y Venecia... por do quiera que haya ido le han rodeado mis espias... Las cartas que dirigia, interceptadas por mí, han venido á acrecentar mi cólera y á despertar mi furor... Durante largo tiempo se ha sustraido á mi venganza y ha evitado mi

odio... Pero por fin acaba de poner otra vez los piés en los estados romanos.

ELENA. (Dando un grito de alegría.) ¡Vuelve!

CONDE. Sí, vuelve... y Dios maldice su regreso, porque ha caido en el lazo que yo le habia tendido... Vuelve, y no solamente se dirige á Italia, sino á este sitio, al convento del Ave María, para verte perdida para él; para ponerse él mismo en manos de los esbirros que tienen cercado este sitio por mi órden.

ELENA. ¡Cielos!

CONDE. (Sacando un pergamino sellado.) ¿Mira, ves este papel? ¡Es su sentencia de muerte!

ELENA. ¡Su sentencia! ¡Oh! ¡Perdon, perdon, padre mio!

CONDE. (Cogiéndola ambas manos y hablándola lentamente como si reflexionara.) ¿Perdon, pides perdon?... Escucha, aun puede vivir si quieres... ¡Sí, vivirá! (Con tono solemne.) Lo juro por la sangre de mi hijo; pero es preciso que pierda para siempre la esperanza de ser tuyo... Es preciso que te encuentre casada con Orsini.

ELENA. ¡Casada con Orsini!

CONDE. (De pronto.) O con Dios... Elige al instante... Al instante mismo.

ELENA. (Despues de una dolorosa alternativa.) ¡Pues bien, que sea con Dios, padre mio, y que Julio viva!

CONDE. (Despues de una pausa.) Vivirá... lo he jurado por la sangre de mi hijo; (Con rabia.) pero el dolor de ese hombre, los eternos pesares que han de acibarar tu vida, y que prefieres á la dicha de tu padre me vengarán de tí.

ELENA. (Agarrándose á él.) ¡Padre mio!

CONDE. Dejadme.

ELENA. ¡Padre mio!

CONDE. (Rechazándola.) Vos ya no sois nada para mí.

ESCENA VI.

ELENA y LA CONDESA, que viene del otro lado de la capilla; EL CONDE en la izquierda del proscenio.

COND. ¿Qué has resuelto, hija mia?

CONDE. ¡A Castro!... Señora... A Castro... Así lo ha decidido ella misma.

COND. Oh, hija mia, corres á la muerte... Retráctate, todavia es tiempo.

ELENA. Madre mia, me parece que así no estaré tan separada de él. (Llorando.)

ESCENA VII.

ELENA, LA CONDESA, EL PRIOR, LA SUPERIORA del convento, EL CONDE, taciturno y sombrío. Elena sube sobre las gradas de la capilla: dos religiosas la ponen el velo y la corona.

SUPER. (Encaminándose hácia ella.) ¡Pobre Elena!

ELENA. (A su madre, que la sostiene llorando.) Madre mia, si no debo veros más, no me negueis el consuelo de merecer vuestro perdon.

COND. No serás tú la que más sufra si eres desgraciada. (Óyense las campanas del convento. Elena, sostenida por su madre se adelanta hácia la capilla: Camporeale se encamina á recibir á sus parientes, que vienen por la derecha, y entra con ellos en la capilla: ábrense al mismo tiempo las verjas del foro: el pueblo, segun costumbre, se agolpa en tropel con muestras del más profundo respeto para presenciar la toma de velo; apenas han entrado se vuelven á cerrar las puertas de la iglesia. Música: á breve rato aparecen en el foro dos desconocidos embozados en sus capas; examinan algun tiempo la verja del foro, que continúa abierta, y entran con precaucion en el jardin: son Julio y Rodolfo.)

ESCENA VIII.

JULIO y RODOLFO.

JULIO. Aquí es, Rodolfo, si no me han engañado, aquí debemos hallarla despues de un año de azares y destierro...

ROD. ¡Ah! Ahora te va á encontrar algo cambiado y con algunas heridas más... Pero eso nunca hace daño... A las mujeres las gusta la gente marcial.

JULIO. (Quitándose el sombrero.) Salud, mansion sagrada, asilo de quietud y de inocencia, en donde voy á volver á ver á mi Elena, á mi esposa querida, de la cual no estaria ahora separado si no fuera por tí, cruel amigo.

ROD. Eso de por mí no es exacto; al contrario, á no ser por mí, Fabio te hubiera muerto, y entonces sí que os hubiérais separado de una vez... Afortunadamente me hallaba yo allí... Mira, ahora me dá lástima de que haya muerto; pero francamente, más me hubiera dado si hubieses sido tú... ó yo.

JULIO. (Con alegría.) Rodolfo, ¿quién me hubiera dicho hace un mes en Venecia que habia de venir aquí tan pronto?

ROD. Como que tenias intenciones de meterte fraile... ¡Un capitan de los ejércitos de España! Por Lepanto que la idea era peregrina, é hiciste muy bien en no consultarme sobre ella.

JULIO. ¿Qué quieres? La vida era para mí una carga: cedí desesperado á la fatalidad que me perseguia; y habiendo entrado una tarde en el convento de los dominicos, oí salir del fondo de un confesonario una voz que creí reconocer, era la voz del religioso que me salvó en la posada, el cual me dijo: «¿Por qué desesperas de alcanzar la felicidad? ¡Te quejas y Elena vive! Levántate

hijo de Brachioforte, porque ya es llegado el tiempo de que se acabe tu destierro; el santo pontífice Gregorio ve cercano su fin; levántate y vuelve á entrar en los estados romanos á favor de los desórdenes del interregno; ocúltate allí en tanto que mis amigos trabajan por obtener tu perdon, y aguarda en la oscuridad una ocasion de recobrar á tu amada.»

ROD. (Mirando á todos lados.) Era un escelente consejo; pero no hay duda que le has seguido á las mil maravillas.

JULIO. Apenas puse el pié en los estados romanos, una mano protectora, la misma sin duda que me ha colmado de beneficicios durante el tiempo de mi destierro, me escribió que Elena era colegiala en el convento del Ave María, (Con alegría.) y héme aquí en el convento del Ave María... héme aquí al lado de Elena... ¡Oh, Rodolfo, cuán bella es la vida, y qué dulce es vivir!

ROD. Sobre todo no siendo fraile. (Óyese en este momento el órgano de la capilla.)

JULIO. (Que ha ido á escuchar á la puerta de la capilla.) Ròdolfo, escucha, ¿están en la capilla?

ROD. Para la ceremonia de la monja que profesa hoy.

JULIO. Ahí la ví por primera vez, ahí voy á volverla á ver ahora.

ROD. (Deteniéndolo.) ¡Imprudente! Aguarda al menos á que cierre la noche... si por una casualidad te conociesen... ¿Olvidas la sentencia que pesa sobre tu cabeza?

JULIO. No se atreverán á nada mientras dure la enfermedad del Papa Gregorio, y mucho menos en un país donde todos conservan memoria de mi padre.

ROD. (De pronto.) Y donde todos tiemblan tambien al nombre de Orsini.

JULIO. Si el Padre Santo llega á morir, se levantarán mil bravos para defenderme.

ROD. Pero, ¿y si el Padre Santo no se muere?

JULIO. Te digo que es preciso que la vea, es preciso que Elena sepa que he vuelto á pisar el suelo de Albano.

ROD. Anda, pues, una vez que así lo quieres; pero sé prudente.

JULIO. Pierde cuidado. (Entra en la capilla. Música.)

ESCENA IX.

RODOLFO; poco despues MONTALTO, que viene del interior por la derecha.

ROD. (Bajando hácia el proscenio.) Yo me quedo aquí de retaguardia para protejer la retirada. ¿Pero, quién viene?

MONT. (En la mayor agitacion y con un papel en la mano.) ¡Gran Dios! ¡Qué es lo que acabo de saber! ¡Camporeale en este sitio!

ROD. (Aparte.) ¡Hola! Es el cojitranco.

MONT. (Volviéndose.) ¡Vos aquí!

ROD. ¿Por qué no?

MONT. ¿Cómo habeis entrado?

ROD. Como todo el mundo... por la puerta. (Señala á la verja.)

MONT. (Mirando.) ¡Abierta!

ROD. Con motivo de la profesion de la monja.

MONT. ¿Qué oigo? ¡Oh! ¡Ella es! ¡Ella es!

ROD. ¿Quién es ella?

MONT. Elena Camporeale.

ROD. (Dando un grito.) ¡Elena...! ¡Va á tomar el velo!

MONT. (Enseñándole una carta.) He aquí la carta de su padre.

ROD. ¡Misericordia! ¡Y mi pobre Julio!

MONT. ¿Dónde está?

ROD. Ahí.

MONT. ¡En la capilla...! ¡Oh! ¡Es perdido!

ROD. ¡Perdido! Eso está por ver.

MONT. Camporeale y los suyos están ahí para perderle.

ROD. (Con fuerza.) Y yo estoy aquí para salvarle. (Precipítase en la iglesia. Esta escena debe ser muy rápida.)

ESCENA X.

MONTALTO.

MONT. Dios mio, haz que lo consiga... Pero ahora que pienso en ello... la muerte de Gregorio... si se pudiese... (Rumor y ruido en la capilla.) ¡Gran Dios! ¡Oigo voces! ¡Qué tumulto! ¡Qué confusion! ¡El es! ¡El es...! ¡La arranca el velo! ¡Oh! ¡Se ha perdido! (Oyense en lo interior de la capilla voces del pueblo, que se precipita asustado en la escena.)

ROD. (Corriendo á ponerse delante de la verja y cerrándoles el paso.) Deteneos, cobardes, deteneos... el que abandonais así... es vuestro amigo, el defensor del pueblo, el hijo de Brachioforte. (Pero el tumulto continúa; los parientes y criados bajan desordenadamente por las gradas de la iglesia y cubren la izquierda de la capilla; detrás de ellos sale Camporeale cogiendo á su hija por el brazo.)

Voces en lo interior. ¡Deteneos...! ¡Deteneos...! ¡Es la esposa de Dios!

CONDE. ¡Ha pronunciado sus votos!

JULIO (Pálido, desordenado el cabello, con la espada en una mano y el velo de Elena en la otra, grita con voz atronadora desde lo alto de las gradas de la capilla.) Mi presencia basta á destruirlos.

Pueblo y parientes ¡Impío!

JULIO. No tenia derecho para pronunciarlos.

Todos. ¡Oh!

JULIO. (Con fuerza.) No, no le tenia. (Movimiento general.) Elena Camporeale, en nombre del Señor que nos escucha, en presencia de todos los que se hallan reunidos, te intimo que digas si es cier-

to que en la noche del 25 de Julio nos unió un sacerdote en la capilla expiatoria.

CONDE. (Adelantándose hácia las gradas de la capilla.) Mientes; vil impostor, mientes; toma, osa rehusar este testimonio sagrado. (Le da el libro de memorias firmado por el Prior.)

ELENA. (Llorando.) ¡Julio...! ¡Julio...! ¡Nos han vendido!

JULIO. (Despues de haber leido y arrojado el libro, que recoge un criado, pasa rápidamente al lado de Elena, lo cual obliga al Conde á bajar á la izquierda del proscenio, donde es detenido por sus parientes y Montalto. Los esbirros invaden las gradas de la capilla.) ¿Y qué me importa á mí la traicion de los hombres? ¿No estamos unidos en el cielo? ¿Qué me importa que no exista ese religioso? ¿Habrá dejado Dios por eso de recibir nuestros juramentos? No, no, tú me perteneces como yo á tí, y no hay poder en la tierra que pueda separarnos ya. Osa negarlo, Elena; osa decir que no me reconoces por tu esposo.

ELENA. (Cayendo de rodillas delante de él.) ¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Si tú supieras todo lo que yo he padecido!

JULIO. ¡Oh! Sí, lo adivino, mucho han necesitado atormentarte para reducirte á este extremo. ¡Oh! ¿No es verdad que te han mortificado cruelmente? (Con cariño á la Condesa, que durante esta escena le suplica llena de ansiedad.) ¡No vos, señora! ¡No vos! (Mirando á los de Camporeale y clavando con orgullo su espada entre él y ellos.) Pero aun no han acabado conmigo si me amas todavía. (Movimiento de indignacion de los parientes.)

CONDE. ¿Qué dice?

JULIO. Elena, no mires á esos tiranos... Estás delante de mí... ¿Me amas todavía?

CONDE. ¡Miserable!

ELENA. (Poniéndose delante de él.) ¡Oh padre mio, me habeis jurado que viviria!

JULIO. Elena, olvídalos. ¿Me amas?

ELENA. ¡Dios mio...! ¡Dios mio...! Perdonadme.

JULIO. Elena, ¿me amas? (Apremiándola.)

ELENA. (Con explosion.) Sí... sí, te amo... Pero huye... Huye de su cólera. (Y sonrojándose de la confesion que acaba de hacer, oculta su vergüenza en el seno de su madre.)

JULIO. ¡Ahora, ya puedo alejarme!

CONDE. (Fuera de sí y desasiéndose de las manos de los que le detienen.) ¡Ah! Su insolencia me autoriza á faltar á mis juramentos. (Hace un movimiento hácia Julio.)

MONT. (Que durante toda esta escena habrá procurado inútilmente calmar al Conde, se interpone entre él y Julio.) Deteneos. (En voz baja.) Gregorio ha muerto y el interregno empieza.

ROD. (Acercándose á ellos y en voz baja á Montalto.) Es verdad, y ahora no sereis tal vez vosotros los más fuertes.

JULIO. (Aprovechándose de este corto tiempo de indecision para llegar á la verja.) Te han sepultado en un cláustro, Elena; pero te juro que yo sabré arrancarte de él. (Váse resueltamente con Rodolfo.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa un cuerpo de guardia de Bravos contiguo á la Abadía de Castro, con la cual comunica por una vasta puerta que habrá en el foro con ventanilla, cerrojo y barras de hierro. A la altura del tercer bastidor de la derecha, otra puerta que comunica con los demás cuerpos de guardia. En el segundo bastidor del mismo lado, una ventana que da al campo. A la izquierda, el tablado del cuerpo de guardia, encima del cual, habrá una percha que cogerá de lado á lado de la pared, y en la cual estarán colgadas, las capas y mosquetes de los Bravos.

ESCENA PRIMERA.

HUGO, MARIO, BRAVOS y RODOLFO, tendido en el tablado; al levantarse el telon, los Bravos, agrupados al rededor de una mesa, juegan á los dados; Rodolfo duerme sobre el tablado cubierto con su capa.

MARIO. ¿Te divierte mucho jugar á los dados, Hugo?

HUGO. No por cierto; ¿pero qué hemos de hacer? La provision del líquido se ha agotado, y hasta la noche no podemos renovarla.

MARIO. ¿Cuándo pasa el posadero Sciotti, por debajo de esa ventana?

HUGO. Guarniciones fastidiosas he visto, pero como la de este castillo, ninguna.

MARIO. Entonces, ¿por qué nos has hecho dejar el servicio del Conde Orsini, nuestro señor?

HUGO. ¡Hola! ¿Por qué? Porque él me lo ha mandado; porque durante el interregno todo el mundo quiere tomar su revancha en Italia, (Con intencion.) y con la Abadía de Castro, hay más de una que tomar. Desde que ese demonio de Brachioforte, sobre todo, ha hecho la amenaza de que nos robará su bella, ha sido preciso ponerse en guardia; pero el diablo me lleve, si vuelvo á tomarme el trabajo de ponderar la vida militar, ni á enganchar gente para una Abadía.

MARIO. En otras no digo, pero en la de Castro...

HUGO. Con eso, y con que vosotros, para coronar la fiesta teneis una cara tan alegre, como un santo de piedra sin narices... (Yendo hácia el tablado.) ¡Eh! ¡Rodolfo!

ROD. (Sin moverse y con voz compungida.) Estoy malito.

HUGO. Pobre hombre, estás hecho un cazurro... ¿Es eso lo que me prometiste, cuando hace quince dias viniste á pedirme, que te alistase con nosotros al servicio de la abadesa? ¡Qué contento me puse al verte, despues de doce años de separacion...! Antes eras un diablo á cuatro, un compadre, capaz de habérselas con el mismo demonio... ¡Ah! Muy cambiado te encuentro. (Volviéndose hácia los otros.) Buena hoja, pero ya está tomada. Vamos, dinos algo, camarada.

ROD. (Idem.) Estoy malito.

HUGO. (A los demás.) Creo que la falta de aire libre le ha puesto así. (Vuelve al proscenio, y todos los Bravos se levantan y le rodean.)

MARIO. El pobre Griso está allí tambien tendido á la larga, (Señala á la puerta de la derecha.) y creo que dentro de poco va á entregar el alma á Dios.

HUGO. Escucha: hace un mes que entramos en este convento fortificado, aspillerado como una ciudadela, y cuya posicion sobre una alta montaña, la hace inexpugnable; en este cuerpo de guardia... En esta parte del edificio, que ni da á lo exterior... ni corresponde enteramente con

lo interior... encuartelados en el segundo piso, porque la prudencia ha hecho tapiar las ventanas y puertas del piso bajo y principal... ¿Te parece que esto es divertido?

BRAV. ¡Ba...! La abadesa hace bien, y puede contar con nosotros.

MARIO. Mientras pague puntualmente.

HUGO. ¡Silencio! Aquí viene uno de los jefes.

ESCENA II.

DICHOS y UN JEFE DE BRAVOS.

JEFE. La órden, camaradas. (Todos los Bravos se colocan militarmente para escuchar.) ¿Qué es esto? ¿Y ese hombre que se queda tendido en el tablado?

ROD. (Lastimosamente.) ¡Malito!

JEFE. (Vuelve al medio de la escena.) De órden de la muy alta y poderosa señora Abadesa de Castro, continuarán colocados los centinelas, en los mismos puntos que los dias precedentes. Deseando la suprema Abadesa, hacer ver á los valientes que están á su servicio, que nada se escapa á su penetracion, los hace saber: ¡que entre los hombres encargados de la defensa de la Abadía, ha descubierto un traidor!

Bravos. (Con admiracion.) ¿Quién? ¿Quién?

JEFE. (Leyendo.) «El criado más antiguo de esta casa, el hombre sobre cuya adhesion se debia contar más, el único que tenia entrada en lo interior, y estaba encargado de las relaciones con lo exterior, no ha temido proteger una correspondencia entablada entre una religiosa y el audaz Brachioforte. (Movimiento.) Esta criminal intriga ha sido descubierta; se ha interceptado una de las cartas, y el traidor que servia de agente, sufrirá la pena merecida, si escapa de la enfermedad con que Dios le ha castigado.» (Váse el jefe.)

ESCENA III.

DICHOS, menos EL JEFE.

MARIO. (Riendo.) ¿Oiste...? De órden de la muy alta y poderosa señora... ¡Vaya un general!

HUGO. No te rias; jamás has tenido amo más severo, ni que atemorize tanto á los que manda... Verdad es que es mujer... pero mujer con mando... y Griso no ha hecho mal en caer enfermo.

BRAV. Y á todo esto, ¿es bonita esa abadesa?

HUGO. Jamás se ha mostrado en público.

BRAVO. Entonces es fea.

MARIO. ¿Y qué edad podrá tener?

HUGO. Ciento diez lo menos.

BRAVO. (Riendo.) Al diablo que la escuche entonces.

HUGO. Los ancianos del país no se acuerdan haberla oido llamar abadesa... Invisible para todos, nunca se aparece más que para anunciar una desgracia.

MARIO. Como los cometas... (Bajando la voz con misterio.) Yo me siento inclinado á creer que aquí pasan cosas extraordinarias... Ya sabeis que no soy medroso... Pues con todo, la noche última, (Frotándose el vientre.) hice una malísima guardia.

HUGO. Es verdad, cuando volviste estabas más blanco que el papel.

MARIO. Oí ayes y lamentos que parecian salir de debajo de la tierra.

HUGO. (Riendo.) ¡Bah! Seria alguna monja arrestada en la prevencion por haber faltado á la consigna.

MARIO. ¡Pero las religiosas al menos, conocerán á su capitan!

HUGO. Ni más ni menos que nosotros.

BRAVO. ¿Cómo hace entonces saber sus órdenes?

HUGO. Por la directora, que lee todas las mañanas la órden del dia, como quien dice, y á fé á fé (Con intencion.) que suele dar algunas de mi alma.

(Más bajo.) La Tornera me ha contado que la semana última, les leyeron la siguiente: «Toda religiosa de Castro que forme el proyecto de romper los votos que ha formado, morirá en el término de tres dias.»

MARIO. ¡La tal órden es breve y compendiosa! ¡Excelente disciplina!

HUGO. Y no hay que decir, todo el mundo vive sometido á ella. (Riendo.) Ahí teneis á ese pobre Cardenal que parece una sombra; apenas puso el pié aquí, le tapiaron en una noche puertas y ventanas, y ahora, solo tiene permiso para pasear por lo interior de la Abadía; así es, que todo se le vuelve abrir las narices para respirar el aire que entra por esa ventana, cuando viene á ver al pobre Griso, que está espirando. (Señala á la ventana de la derecha subiendo hácia el foro.) Ya se ve, es la única ventana por donde puede uno tender la vista más allá de los muros de la Abadía.

MARIO. ¿Y por qué tiene presa la Abadesa á ese pobre hombre?

HUGO. En primer lugar por su salud; el aire libre del campo es muy perjudicial para él; despues dicen que el cojitranco, como le llama Rodolfo...

ROD. (Sin moverse.) ¡Estoy malito! (Todos los Bravos se vuelven.)

HUGO. (A Rodolfo.) Bien, bien, hombre, no hablaba contigo. (Volviéndose hácia los Bravos con misterio.) Parece, segun dicen, que queria tomar parte en el cónclave formado para nombrar sucesor del Padre Santo, y el Conde Orsini, nuestro poderoso señor, (Todos se descubren.) no es de ese parecer; habrá dicho cuatro palabritas al oido, á su parienta la Abadesa, y desde entonces el señor Cardenal está guardado para que no le de el aire. (Todos los Bravos sueltan la carcajada; al mismo tiempo se oye un redoble en lo interior del cuerpo de guardia.)

Bravos. (Levantándose.) ¡La lista, Rodolfo, la lista!

ROD. ¡Estoy malito!

HUGO. (Yendo á la cama.) ¡Pobre Rodolfo! Mañana enterraremos á Griso, y este no tardará ocho dias en seguirle. (Vánse.)

ESCENA IV.

RODOLFO solo, mirando si se han alejado los bravos, y levantándose con rapidez.

ROD. ¡Enterrado! No, no será así si Dios me ayuda, amigos mios... Yo os probaré que no se dejan enterrar con tanta facilidad, los soldados del invencible don Juan de Austria... ¿Qué es lo que acabo de oir...? ¡Griso comprometido...! ¡La correspondencia descubierta...! Alerta, Rodolfo, alerta; porque Elena debe estar en peligro... Redoblemos nuestra atividad... Esta piedra que hace quince dias me afano en desquiciar, debe ceder ya pronto á mis esfuerzos y abrirme una senda... Aprovechemos este momento en que estoy solo para hacer desaparecer las trazas de mi faena y vaciar mi saco. (Va á la ventana y arroja la tierra que habrá en un morral de piel.) Ahora, manos á la obra... media hora más y está concluido. (Trabaja con el puñal.) Por los informes que he podido recoger, este pasadizo debe abrirme paso hasta los jardines de la Abadía. Una vez allí, podré llegar hasta Elena... ¿Pero cómo libertarla despues? ¿Cómo sacarla de aquí? ¿Qué habrá hecho Julio entre tanto? ¿Cómo participarle...? (Ruido en la ventanilla.) Abren esa puerta... Pronto á mi puesto. (Vuelve á dejar caer la capa que oculta la piedra en que trabajaba, y se acuesta otra vez envuelto en la suya.)

ESCENA V.

LA TORNERA con un manojo de llaves, MONTALTO y RODOLFO.

TORN. Señor Cardenal, antes de prestar los últimos auxilios al pobre Griso, desearia que convenciérais á este... ¡No he visto enfermo más rebelde...! Jamás quiere tomar los remedios.

ROD. (Aparte.) Remedios de la Abadesa... Gracias, hermana Tornera... Griso los ha tomado... y tengo poca fé en ellos.

MONT. Está bien, hermana... id á prevenir á Griso; ya os sigo. (Váse la Tornera por la derecha.)

ESCENA VI.

MONTALTO mira en torno suyo, y no viendo mover á Rodolfo, que sigue echado, se dirige rápidamente hácia la ventana.

ROD. (Incorporándose para mirarle.) Calla, calla, qué listo anda ahora el cojitranco; sus piernas han sufrido un cambio extraordinario desde que no le he visto.

MONT. (Cerca de la ventana.) ¡Oh! El aire del campo, el aire libre baña mi rosto... Desde aquí veo á Roma, descubro el Vaticano, donde en este momento se agitan sin duda los destinos del mundo, y yo no puedo saber nada. (Dando un golpe en la ventana.) Estoy preso... ¡Preso por los Orsinis! ¡Cogido en el lazo en el momento decisivo! ¡Cuántos bellos ensueños de gloria destruidos! ¡Cuántos magníficos proyectos derribados...! ¡Oh! ¡Quién me libertará! ¡Quién me dará alas para salir de aquí!

ROD. (Observándole.) ¡Cómo gesticula! Se llevó el diablo la gota, segun parece.

MONT. Cada dia que pasa, irreparable para mí, acarrea un nuevo peligro para Elena.

ROD. (Escuchando). ¡Para Elena ha dicho!

MONT. (Con impaciencia mirando adentro.) Sciotti no vuelve, no he podido verle más que una vez. ¿Habrá entregado mi carta á Julio...? ¿Dará crédito á la firma de que me he valido? (Mirando al campo á lo lejos.) ¿Habrán principiado los trabajos? ¿O bien desesperado de vencer tantos obstáculos habrá renunciado á su proyecto...? ¡Oh! ¿Cómo adivinar si llegará á venir?

ROD. ¿Pero con quién diablos se las há este hombre? (Hace ruido al bajarse del tablado.)

MONT. (Advirtiendo en Rodolfo, que hace extremos frotándose las espinillas.) ¡Rodolfo aquí! Julio vendrá. (Se acerca tosiendo hácia el con aire burlon.) ¡Eh! ¡Eh! Yo os creía más enfermo, seor guapo.

ROD. (Con malicia y en el mismo tono.) Y yo á vos menos ligero de piernas, señor Cardenal. (Movimiento de Montalto.)

MONT. (Con sequedad.) No sabia que estuviéseis aquí.

ROD. (Con tono burlon.) ¿Quiere decir que ya hace tiempo que vos lo estais?

MONT. (De mal humor.) ¡Eh...! ¡Eh...! ¡Eh...! No siempre se puede lo que se quiere.

ROD. (Imitándole.) ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Pero procura uno hacer lo que puede. (Ambos se miran con desconfianza y se vuelven la espalda de pronto. Rodolfo va hácia la puerta y Montalto hácia la ventana.) Si por él pudiera tener algunas noticias de Elena...

MONT. Si por este hombre pudiese saber lo que pasa en el cónclave.

ROD (En la puerta.) Maldita puerta, no hay medio.

MONT. (En la ventana.) Treinta piés de altura. (Mirando adentro.) ¡No hay medio! (Vuélvense los dos al mismo tiempo, se sorprenden mútuamente el uno junto á la ventana y el otro junto á la puerta, y se quedan mirándose durante algunos instantes.)

ROD. (De pronto.) ¿Quereis salir?

MONT. (Idem.) ¿Quereis entrar?

ROD. (Con astucia.) El cónclave... ¿eh?

MONT. Elena... ¿no es verdad?

ROD. ¿La habeis visto?

MONT. ¿Está reunido? (Pausa.)

ROD. (Desanimado.) ¡Ah...! Si andamos así no acabaremos nunca.

MONT. (Viéndose apremiado.) ¿Qué quereis? Todas nuestras respuestas son preguntas (Segunda pausa.)

ROD. (Acercándose.) Si vos quereis decir una palabra, quizás pueda yo deciros dos, señor Cardenal.

MONT. (Reflexionando.) Pues bien, vamos á una.

ROD. Está dicho. (Vuelven á bajar hácia el proscenio.) ¿La habeis hablado?

MONT. Hace tres dias. (Con mucha viveza.) ¿Habeis estado en Roma?

ROD. Hace tres dias. (De pronto.) ¿Qué hacia?

MONT. Me dijo al pasar por mi lado: no me abandoneis. (Con viveza.) ¿Quién llevaba la voz?

ROD. (Recordando.) Orsini... y un tal Colona. (De pronto.) ¿Pero corre Elena algun riesgo?

MONT. No he podido llegar hasta ella. (Con viveza.) ¿Y no se hablaba de un tercer partido?

ROD. No tengo entrada en el cónclave (De pronto.) Pero Elena está todavía libre, ¿no es verdad? ¿Está libre?

MONT. Mañana puede no estarlo. (Rápidamente.) ¿Y la eleccion...? ¿La eleccion?

ROD. Mañana creo que ha de decidirse.

MONT. (Aparte alejándose.) Es preciso buscar salida esta noche.

ROD. (Idem.) Esta noche es preciso entrar. (Vuélvese á echar de pronto oyendo volver á Hugo, Mario y otros Bravos.)

ESCENA VII.

LA TORNERA en el foro, MARIO, MONTALTO, HUGO y DOS BRAVOS; los Bravos se forman y descubren para dejar pasar á Montalto.

HUGO. Señor, no nos olvideis... En vuestras oraciones...

MONT. (Dándoles dinero y tosiendo.) Hijos mios, no olvideis en las vuestras la salud de este pobre anciano débil y enfermo. (Entra con la Tornera por la puerta de la derecha. Hugo enseña furtivamente á Mario durante este tiempo el dinero del Cardenal.)

HUGO. (Alegre y quitándose el sombrero.) Venerado patron San Javier, que nos envias dinero, proporciónanos medios de gastarlo)

MARIO. ¡Por Dios vivo!... Sciotti no puede tardar.

Una voz. (Dentro.) ¡Agua fresca! ¡Agua fresca!

HUGO. (Bajo riendo.) ¿Oís al pícaro del vejete? Está gritando agua fresca.

MARIO. (Corriendo á la ventana.) Él es; pide que le subamos segun costumbre. (Los dos Bravos van á cojer el cesto.)

HUGO. (Deteniéndolos) No, no, es temprano todavía; el Cardenal tiene que volver á pasar por aquí: podia verle y la Tornera tambien; no hay que chancearse con la Abadesa.

MARIO. (Haciendo señas desde la ventana.) Aguarda un poco... Ahora vamos.

HUGO. (Mirando á la puerta de la derecha.) Entre tanto podeis ir preparando la cuerda y el cesto para pescar á nuestro exacto abastecedor.

MARIO. (Sacando el cesto y la cuerda, que deben estar ocultos cerca de la ventana.) Aquí están la cuerda y el cesto... ¿Por dónde anda la grapa de hierro?

Bravos. Héla aquí. (Hacen los preparativos indicados.)

HUGO. (Desde la puerta de la derecha.) ¡Chis!... El Cardenal. (Se dirije hácia el proscenio.)

ESCENA VIII.

MARIO, sosteniendo el cesto fuera de la ventana y ocultándole con su sombrero, PRIMER BRAVO, LA TORNERA, MONTALTO, HUGO, y RODOLFO.

MONT. (A los Bravos, que se habrán formado en fila de modo que oculten sus preparativos.) Buena noticia, amigos, Griso está mejor. (Mirando á Rodolfo que levanta la cabeza.) Y espero que mañana habrá tambien por aquí alguna otra feliz novedad.

ROD. ¿Qué querrá decir con eso el raposo de las tres patas? (Oyese un toque fúnebre de campanas en lo interior de la Abadía. Silencio de algunos instantes.)

MONT. ¿Qué anuncia ese toque? (A la Tornera.)

TOR. Anuncia... (Persignándose) que acaba de morir una hermana. (Todos los Bravos se santiguan, el Cardenal se estremece.)

MONT. (Aparte.) Acaba de morir una hermana... ¡Oh! entremos, entremos!... Es preciso que yo vea á Elena, aunque para conseguirlo tuviese que penetrar hasta esa invisible Abadesa. (Váse el Cardenal con la Tornera por el foro; los Bravos le acompañan con muestras de respeto. Se habrá hecho de noche.)

ESCENA IX.

RODOLFO, MARIO, HUGO, LOS BRAVOS, poco despues JULIO bajo el traje de Sciotti.

HUGO. (Con un grito de alegría.) ¡Ah! ¡Ya se marchó! Ahora toda la noche es nuestra: subamos aquí al vendedor de ambrosía... (Los Bravos bajan con prontitud el cesto, que debe ser muy pequeño, con la cuerda armada de la grapa de hierro, y se ponen lado á lado para subirlo: Hugo arrolla la cuerda á medida que sube.) Tenemos dinero: ahora nos llegan vino y licores... Chicos, broma larga, hasta mañana. (Durante este tiempo habrá subido el cesto, y antes que le ayu-

den á salir se planta Julio de un salto en el cuerpo de guardia.)

MARIO. ¡Calla! ¡No es Sciotti!

JULIO. (De aldeano.) ¡No, mis dueños, no...! El viejo Sciotti casa hoy á su hija; pero es hombre de bien, y no ha querido dejaros con el gaznate seco.

ROD. (Aparte.) ¡Oh...! ¡Oh! Ojo alerta.

HUGO. Oiga... ¿Y de cuándo acá tiene hija?

JULIO. ¡Desde hace diez y ocho años!

HUGO. ¡Jamás nos ha hablado de ella!

JULIO. ¡Toma! Porque es bonita.

MARIO. ¡Habrá solapado!

HUGO. ¡Pues ea, beberemos á su salud!

Todos. Está dicho.

HUGO. Verás qué paso lleva el barril.

JULIO. (Con intencion.) ¡Oh! No lo dudo; os creo capaces de eso y mucho más. (Aparte buscando á Rodolfo.) ¿Donde estará?

HUGO. Pero es preciso que Rodolfo sea de la broma. (Va al tablado.) ¡Eh...! Rodolfo.

JULIO. (Aparte y de pronto.) ¡Está aquí!

HUGO. (Cerca del tablado con los demás.) ¡Eh! ¡Levántate alma de Cain! Ven á beber con nosotros, verás como te curas.

ROD. (Incorporándose.) Bien mirado, la Tornera se queja de que no bebo... con que la daremos gusto...

HUGO. Poco á poco, tomemos nuestras precauciones; ya es de noche enteramente... Tú encárgate de la luz, tú de los jarros y vasos, (A otro.) tú vé á buscar á los compañeros... Yo iré á ver si el capitan está ya con Dios. (A Julio.) En cuanto á tí, amigo, aguarda un rato; no tardaremos mucho. (Vánse; la puerta queda abierta.)

JULIO. ¡Oh! Como gusteis, señores, no os incomodeis por mí. (Apenas han salido los Bravos, Julio y Rodolfo corren uno á otro y se abrazan. Toda la escena que sigue debe ser dicha con suma rapidez y en voz baja, sin que Julio se aparte un momento de la puerta de los Bravos.)

ESCENA X.

RODOLFO y JULIO.

ROD. Por fin estás aquí; el peligro urge... Elena.
JULIO. Vengo á robarla.
ROD. ¿Pero esta noche?
JULIO. Sí, esta noche... Me ha escrito y me espera.
ROD. ¿Dónde?
JULIO. En la capilla.
ROD. ¿Y cómo llegar hasta allí?
JULIO. Hace quince dias que estamos abriendo una mina.
ROD. ¿En qué sitio?
JULIO. En el designado en este billete.
ROD. ¿De quién?
JULIO. (Dándole el billete.) Lee.
ROD. (Leyendo de prisa á la luz de la lámpara.) «Podeis atacar la Abadía, cavando algunos dias en direccion á la capilla por la antigua via romana; si os armais de paciencia y estais resuelto, lograreis vencer las dificultades que se os presenten.» Firmado, el Padre Anselmo. (A Julio.) ¿No decian que habia muerto?
JULIO. Mentira; existe, y yo tengo fé en ese escrito.
ROD. ¿Pero y las dificultades?
JULIO. Son terribles.
ROD. ¿Y nuestros amigos?
JULIO. Llegarán esta noche... tal vez.
ROD. (Con viveza.) ¿Cómo tal vez?
JULIO. ¡Oh! Es preciso que yo llegue antes que ellos.
ROD. (Yendo al tablado.) Tengo un medio.
JULIO. (Acercándose.) ¿Cuál? Habla. (Ruido á la derecha.)
ROD. (De pronto y haciéndole señas de que se aleje.) Los Bravos; silencio.
JULIO. Hazlos que beban; el vino está preparado. (Muy deprisa.)

ESCENA XI.

DICHOS, HUGO y BRAVOS; los Bravos entran trayendo vasos, luces que colocan sobre la mesa, y jarros que alargan á Julio, sentado en medio del teatro; toda esta escena debe ser muy alegre y animada.

HUGO. Todo sale á pedir de boca... El capitan ronca de un modo capaz de levantar en alto la Abadía. (Reparando en Rodolfo sentado en el tablado.) Hola, así me gusta, ¡voto á brios! Ya está Rodolfo en pié (Todos los Bravos van al tablado y separan á Rodolfo de Julio.)

ROD. (En pié sobre el tablado y con algazara.) Sí, y voy á haceros frente á vosotros todos, porque quiero ponerme bueno de una vez, ó que acabe de llevarme el diablo esta noche.

HUGO. (Riendo.) No seremos nosotros los que te lo estorbemos; ven. (Le trae á la mesa.)

ROD. (Con intencion.) Así lo espero. (Aparte.) ¿Cómo hacerle saber...?

JULIO. ¿Qué intentará? (Idem.)

ROD. (Sentándose.) Alargadme los jarros; quiero serviros yo. (Echando de beber.) El fuego de Satanás abrase el gaznate del primero que ponga mala cara al vaso. (Estará colocado en la mesa muy cerca de la ventana, frente á Hugo, y de modo que vea bien á Julio, á quien dos Bravos alargan continuamente los jarros conforme se desocupan.) Primer brindis... ¡A vuestra salud!

Bravos. (Riendo.) Eso es... ¡A la nuestra...! ¡A la nuestra...! (Beben.)

ROD. Segundo brindis.

Bravos. ¡A ver, á ver!

ROD. ¡Por mis camaradas!

HUGO. ¡Pero hombre; eso y lo otro son una misma cosa!

ROD. ¡Eh! No; ¿no ves que es otro vaso? Tercer brindis. (Todos los Bravos se echan á reir)

BRAVO. (De pronto.) ¿A la salud de quién?

ROD. A la mia.

Bravos. ¡Ah! Sí, es verdad, ¡á la suya!

HUGO. (Levantándose.) A la de Rodolfo, que esta noche se va á poner bueno. (Todos beben excepto Rodolfo, que tiene cuidado de arrojar el vino por la ventana cada vez que finge beber.)

ROD. (Aparte.) ¡Qué idea! Si pudiera... probemos. (Alto.) ¿Hace poco os oí decir entre sueños que ninguna alma viviente habia penetrado en la Abadia?

HUGO. Verdad es.

ROD. Pues señor, mi mismo padre ha entrado.

HUGO. (Con tono de incredulidad.) ¡Tu padre!

ROD. Y en una ocasion apuradilla, que es más.

Todos. ¡Ah! ¡Cuéntanos eso...! ¡Cuéntalo!

JULIO. ¿Qué irá á decir? (Aparte.)

ROD. (Dando en la mesa.) Atencion y bebamos. (Beben.) Escusado es deciros que se trata de una intriga amorosa, de un padre tacaño y suspicaz...

BRAVO. Como todos.

ROD. El tal padre metió á su hija en un convento para que fuese célibe; pero la jóven no tenia vocacion hácia ese estado...

MARIO. (A medios pelos.) Es de creer.

ROD. (Mirando á Julio.) El novio era mozo resuelto y dijo; es preciso sacarla de la jaula... Fuese en derechura á buscar á mi padre, amigote suyo desde niño, y los dos decididos campeones, penetraron en una habitacion exterior del edificio, como si dijéramos en esta... Mucha atencion ahora...

HUGO. Venga vino... La historia de ese mozo me interesa. (Los Bravos empiezan á dormirse.)

ROD. En el sitio en que penetraron habia una puerta que conducia á la Abadía.. (Julio va á la puerta y la examina.) Pero estaba reforzada por dentro con planchas, travesaños y barras de hierro; en fin, una puerta á prueba de cañon; y si se lograba

franquear aquella puerta, al extremo de la galería habia otra igual, y despues otra, y así sucesivamente.

HUGO. En fin, no habia medio de colarse por allí.

ROD. Eso mismo pensó mi padre; á la derecha habia tambien una puerta.

MARIO. ¡Ah! Vamos á ver. (Julio se habrá dirigido á la puerta designada.)

ROD. Pero aquella daba entrada á un sin número de cuerpos de guardia. (Julio da una patada en el suelo con impaciencia.) Paciencia... Quedábale aun esa pared de enfrente. (Los Bravos se vuelven, Julio se sienta en un escaño.) Es la que separa la parte exterior del edificio, de los jardines de la Abadía, y no tiene ni puerta ni ventana en toda su longitud. (Los Bravos echados por varios sitios del teatro, duermen. Hugo y Mario resisten todavía.) Por ahí es por donde hemos de penetrar, dijo mi padre. (Julio se sube encima del tablado.)

HUGO. ¡Bah...! ¡Quita allá...! ¿Al través de la pared?

ROD. Al través de la pared. Y lo hizo como lo dijo; por el dia tapaba la piedra con la capa, (Julio levanta á este tiempo la capa y descubre la piedra con alegría.) y por la noche á favor de un puñal. (Julio se apodera del puñal de un Bravo que ha ido á echarse al tablado y trabaja con ardor.)

MARIO. (Durmiéndose.) ¿Habráse visto? (Julio hace esfuerzo para mover la piedra.)

ROD. (Que sigue todos sus movimientos con ansiedad.) Despues de quince dias de fatigas y perseverancias logró adelantar tanto, que empujando una noche con toda su fuerza con el hombro... la piedra cedió... y cayó... (A este tiempo la piedra que Julio empujaba con fuerza cae dentro y deja una gran abertura; los Bravos se vuelven al ruido; Julio deja caer la capa, que oculta el agujero, y presenta el barril á los Bravos que le miran.)

JULIO. (Sentado sobre el tablado y riendo.) No hagais caso, señores... es... es el barril que se me ha caido de las manos.

ROD. (Atrayéndoles.) Vamos, hombres, escuchad, y bebamos... (Beben, y Julio no sabe ya que hacerse.) Entonces por medio de unas cuerdas...

HUGO. ¡Cuerdas! (Rodolfo le hace señas.)

ROD. Sí unas cuerdas que se hallaban allí casualmente. Julio recoje las cuerdas que sirvieron para subirle.) Al pié de unas veinte varas de cuerda que nuestros perillanes ataron muy sólidamente.

HUGO. ¿Cómo?

ROD. (Con la mayor ansiedad.) ¡Cómo!... hombre el cómo se me ha olvidado... pero poco importa. (Durante este tiempo Julio gira en torno suyo y busca; despues de una pausa se apodera rápidamente de un arcabuz que pasa por el nudo escurridizo de la cuerda y coloca con prontitud al través del agujero; alegría de Rodolfo.)

HUGO. Bien; ¿pero y despues?

ROD. (Levantandose y yendo á cerciorarse de que los Bravos duermen.) Despues... cuando llegó al extremo de la cuerda, saltó. .

HUGO. (Medio dormido) ¡Saltó! ¡Oiga, poco á poco, poco á poco!... ¿No has dicho que las cuerdas tenian veinte varas?

ROD. Si, veinte varas.

HUGO. Pues entonces tu padre es un hablador, y jamás ha entrado aquí.

ROD. (Desde el foro volviéndose.) ¿Por qué?

HUGO (Durmiéndose.) Hombre... nos has contado unas cosas capaces de hacer dormir á un santo de piedra, y lo has conseguido, Rodolfo... me estoy durmiendo. ¿Con que saltó, eh?

ROD. (Inquieto y moviéndole con fuerza.) Sí... ¿por qué?... ¿por qué no habia de haber saltado?

HUGO. (Haciendo fuerza para acabar de decirlo sin dormirse.) Porque esa pared tiene ochenta piés de altura. (Cae sobre la mesa.)

ROD. ¡Gran Dios! (Dando un grito de terror. Los Bravos alzan la cabeza para dejarla caer en seguida. Rodolfo corre á la abertura y se coloca de modo que se advierta la palidez y

alteracion de su rostro.) Julio, no sueltes la cuerda ó eres muerto.

JULIO. (Dentro.) Mi daga al caer me ha advertido del peligro... tengo un abismo bajo mis pies.

ROD. (Muy agitado.) Sube... (Momento de espera.)

JULIO. ¡Imposible!...

ROD. Otro esfuerzo y no más... ¿Qué haré, Dios mio..., qué haré?... ¡Ah! Desciñese rápidamente la faja, que debe ser doble; corre á Hugo, le quita suavemente la suya que debe ser doble tambien, y las ata.)

JULIO. Mis fuerzas flaquean... ¡Rodolfo!...

ROD. (Atando las fajas.) ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! Dadle resistencia y valor.

JULIO. (Con voz apagada.) ¡Socorro!... ¡Rodolfo!...

ROD. (Corriendo á la abertura y haciendo correr las fajas á lo largo de la cuerda por medio de un nudo escurridizo.) Ten. ¿Ves esas fajas que hago correr hácia tí?

JULIO. Sí.

ROD. ¿Las has cogido?

JULIO. Las tengo.

ROD. Sostente con una mano, y engancha con la otra el nudo escurridizo á la grapa de hierro. ¿Está?

JULIO. Sí... Y ahora, en el nombre de Dios. (Silencio interrumpido por el ruido de una caida. Rodolfo se postra de rodillas haciendo la señal de la cruz; en seguida se levanta con resolucion.)

ROD. Ahora, yo debo seguirle: muerto ó vivo me encontrarán á su lado. (Se arroja por la abertura. Toda esta escena debe de ser dicha con calor, pero sin gritos, y con cierto rebozo por causa de los Bravos.)

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa la Abadía de Castro: puerta grande á la derecha del foro, que deja ver al abrirse lo interior de la Abadía. Al lado de la puerta y tambien en el foro, habrá un capelardente tapado con cortinas negras. En primer término á la derecha, el nicho de un santo dando frente al público; á la izquierda otra puerta más pequeña. Ventanas por ambos lados que dejan penetrar la luz á través de sus vidrieras de colores.

ESCENA PRIMERA.

LA DIRECTORA DE LA ABADÍA DE CASTRO, UNA RELIGIOSA; al levantarse el telon se oyen los sonidos graves y religiosos del órgano que toca un motivo fúnebre La Directora está en el proscenio; la religiosa sale del foro.

REL. ¿Me habeis mandado á llamar; hermana Directora?

DIREC. Escuchad lo que tengo que deciros en nombre de nuestra suprema Abadesa. (La religiosa se inclina y escucha en una actitud humilde.) Esta noche á las dos vendreis á buscar á una hermana que os esperará en esta capilla, y la llevareis á las bóvedas subterráneas de la Abadía con las hermanas que están agonizando... Marchad, y pedid á Dios que os preserve de la cólera de la Abadesa. (Váse la religiosa por la puertecita.)

ESCENA II.

MONTALTO y LA DIRECTORA.

MONT. (Muy agitado.) Pasad aviso á la Abadesa de Castro; quiero verla.

DIREC. Es imposible, señor Cardenal.

MONT. (Insistiendo.) Quiero verla, os digo. Si hace ocho

años olvido que soy príncipe de la Iglesia, si en todo un mes no me he quejado por verme preso aquí, puedo acordarme por último, y quiero decírselo asimismo á la Abadesa.

DIREC. El señor Cardenal sabe muy bien que nadie puede hablar con la madre Abadesa, y que yo hago aquí sus veces. ¿Para qué deseais verla?

MONT. Para quejarme de vos.

DIREC. ¿De mí?

MONT. De vos, que hace ocho dias os valeis de mil pretestos para alejarme de Elena Camporeale, de Elena, por quien he soportado la injusta cautividad á que me veo reducido... Elena no tiene más apoyo que yo, su padre no existe... la severidad de vuestra regla prohibe que su madre penetre donde ella está... no le queda más que yo, y no la abandonaré. Mandad que me conduzcan adonde esté.

DIREC. Ya es demasiado tarde, señor Cardenal.

MONT. ¡Demasiado tarde!

DIREC. ¿No habeis oido doblar las campanas hace poco?

MONT. ¡Muerta! (*De pronto.*) ¡Ah! ¡Me engañais!

DIREC. ¡Señor Cardenal!

MONT. Me engañais, os digo. Mirad lo que haceis; no me obligueis á alzar la voz más de lo que tal vez quisiera; no me obligueis á desgarrar el velo que cubre esta misteriosa Abadía... os pido á Elena Camporeale... Llevadme adonde está... Muerta ó viva, quiero verla al instante.

DIREC. Vais á ser satisfecho. (*La Directora lleva á Montalto hácia la capilla, cuyas cortinas se levantan y dejan ver á Elena expuesta segun costumbre de Italia en una cama cubierta de terciopelo negro y rodeada de religiosas que oran de rodillas.*)

MONT. (*Dando un grito de dolor.*) ¡Elena! ¡Elena! (*Se cubre el rostro con las manos. La Directora va á ponerse de rodillas al lado de las monjas.*) Pobre flor combatida por tantas tempestades antes de caer... ¡Orsini! ¡Orsini! Reconozco tu odio y tu venganza bajo la

máscara de fanatismo... ¡Qué diré ahora á su infeliz madre, que me la ha confiado! (*Asaltado por una idea repentina.*) Y Julio, Julio, que valido de mis consejos vendrá mañana... ¡Hoy mismo quizás! ¡Oh! Corramos, todavía es tiempo. (*De pronto.*) Tal vez logre hablar otra vez al hombre que he visto entre los Bravos, y él hallará medio de avisarle... ¡Oh...! Que no venga... ¡Que no venga! Que no sea yo la causa de su muerte; de una muerte que seria ahora más inútil que nunca... Perezcan todos mis proyectos si es preciso, pero que Julio se salve. (*Váse apresuradamente por la puertecita. Poco tiempo despues se levanta la Directora.*)

DIREC. Hermanas, roguemos á Dios por la salud de su alma antes de separarnos de ella para siempre.

ESCENA III.

JULIO, *en el foro;* LA DIRECTORA y RELIGIOSAS.

JULIO. (*Por la puerta del foro con precaucion y los vestidos en desórden.*) ¡Aquí es...! (*Con energía.*) Apenas puedo sostenerme. Siento desfallecer mis miembros, y mis manos brotan sangre... pero hubiera dado la vida por llegar á este sitio. (*Vuelve á oirse el órgano hasta: «Solo aquí.»*) ¡Cielos! En esta capilla hay gente. (*Escondiéndose detrás de la estátua del santo.*) ¿Qué será? ¡Una ceremonia fúnebre...! ¿A esta hora? ¿Podrá venir Elena? Sí, porque ya se retiran. (*Una de las monjas coje un apagador y apaga las hachas; vánse en seguida todas las monjas con la Directora por la puertecita. El fondo de la Abadía y el lecho fúnebre sólo están alumbrados por una lámpara y la luz de la luna que despide sus azulados rayos al través de los cristales de la capilla. El efecto de esta decoracion debe ser muy pintoresco.*) ¡Solo aquí...! ¡Con la muerte! ¡Siento oprimido el corazon á pesar mio! Pero la hora ha dado ya y Elena no vuelve... ¿Qué la detiene...? ¡Oh!

Cubramos ese rostro para que no la aterre imágen tan funesta... (*Dá algunos pasos hácia la tumba.*) ¡Dios mio...! ¡He creido ver...! ¡Oh...! Pero no... es una vision... una horrible vision... ¡Oh! ¡Que vuelva Elena...! ¡Que se dé prisa! Este temor insensato... quiero convencerme de mi locura... quiero... (*Acercándose al lecho mortuorio y retrocediendo dando un grito de dolor.*) ¡Ah! (*Vuelve de nuevo y óyense salir de su pecho por intervalos, gemidos y sollozos: en seguida se acerca al rostro de Elena y la llama.*) ¡Elena...! ¡Elena! (*Dejándose caer de rodillas y llorando.*) ¡Muerta! ¡Dios mio! ¡Muerta...! Elena, ¡yo te llamaba y estabas ahí...! ¡Muerta! ¡Cuando venia á arrancarte de las manos de los verdugos! ¡Cuando lo habia arrostrado todo por salvarte! (*Levantándose y recorriendo el teatro desordenadamente con desesperacion.*) ¡Oh Dios! ¡Dios mio! (*Cae agobiado al lado del lecho.*)

ESCENA IV.

RODOLFO, ELENA y JULIO.

ROD. (*Sale por la puerta principal la cual vuelve á cerrar.*) Esta es la capilla... (*Llamando.*) ¡Julio! Debia estar ya aquí... (*Julio solloza.*) ¡Ah! Allí le veo... Julio... respóndeme.

JULIO. (*Levantando la cabeza.*) ¿Quién me llama?

ROD. (*Yendo hacia él y buscándole.*) Yo, Rodolfo... (*Muy deprisa y en voz baja.*) Nuestra gente está ahí, no hay que dudarlo... Acabo de oir el ruido que hacen trabajando... deben desembocar por el jardin, cerca de esta capilla... (*Julio solloza.*) ¿Pero qué tienes? (*Tomándole la mano.*) ¿Estais prontos? ¿Elena?

JULIO. (*Con un grito terrible.*) ¡Elena!

ROD. ¿Ha venido?

JULIO. (*Tirando de él y pasándole á la izquierda de la tumba.*) Acércate... Mira...

ROD. (Santiguándose.) ¡Muerta!

JULIO. ¡Oh! Sí, ¡muerta...! ¡Ah! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! (Cae de rodillas al lado de Elena.)

ROD. Julio, dejemos este horroroso espectáculo; huyamos.

JULIO. Huye solo... yo no me separo de aquí.

ROD. ¿No te separas? Eso es querer buscar la muerte.

JULIO. (Exaltado.) Sí, la muerte con ella... (Al decir esto estrecha con fuerza la mano de Elena; pero se detiene atónito y se levanta atemorizado.) ¡Rodolfo...!

ROD. ¿Qué tienes?

JULIO. (En pié sobre la primer grada.) He sentido que su mano apretaba la mia... Rodolfo, ¡me detiene...!

ROD. (Retrocediendo hasta el medio del teatro con una especie de terror supersticioso.) ¿La mano de una muerta?

JULIO. (Delirando de alegría.) ¿Dios mio, me llama consigo al sepulcro, ó quereis hacer un milagro viendo mi dolor?

ROD. (De rodillas en medio del teatro.) ¡Señor! Quizás no me he encomendado á vuestra divina gracia con tanta frecuencia como debiera... ¡pero mi amor hácia vos será inmenso, como vuestra bondad, si devolveis esa desgraciada jóven á mi hijo. (Durante esta invocacion de Rodolfo, Julio se habrá inclinado hácia Elena; la pone la mano sobre el corazon, y ella permanece inmóvil.)

JULIO. (Exclama fuera de sí.) ¡Vive! Rodolfo, ¡vive!

ROD. (Levantándose y mirando al cielo lleno de gratitud.) ¡Ah! ¡Dios mio! El pobre soldado os dá las gracias por vuestra misericordia: (Corre á Elena.) sí, sí, amigo mio, vive.

JULIO. Abre los ojos... (Con cariño.) ¡Elena...! ¡Elena...! Mírame, que tu primera mirada sea para mí.

ROD. (Ayudando á Elena á levantarse.) Sí, héla ya que intenta levantarse.

ELENA. (Volviendo en sí.) ¿Qué mansion es esta? ¿Dónde me hallo...? ¡No estoy en mi celda!

JULIO. (Con dulzura.) ¡Eléna!

ELENA. ¡Ah! Esta voz... (Baja la vista hácia Julio y le reco-

noce.) ¡Ah Julio...! ¡Julio mio! (Cae en sus brazos.)

JULIO. (De rodillas y con los brazos colgados á su cuello.) Sí, yo soy, Elena, yo soy.

ELENA. (Recogiendo sus ideas, pero bajo el influjo todavía de una especie de sonambulismo.) ¡Oh! Ahora recuerdo... me han arrancado el papel en que me habias escrito: «vendré á la hora designada...» despues me han metido en una prision... y yo he llorado al ver que tú vendrias y que no podrias llegar hasta donde yo estaba... en seguida sentí correr por mis venas un frio glacial... me pareció que una mano de hierro pesaba sobre mi frente... y.. me quedé dormida.

JULIO. ¡Oh! ¡Infames!

ELENA. (Reparando en la tumba en que está echada, dá un grito de horror y se arroja en los brazos de Julio, que la trae hasta el proscenio, pálida de espanto.) ¡Una tumba! ¡Oh! Julio, ¡sálvame, sálvame!

JULIO. Sí, te salvaré, Elena mia, porque ahora eres mia... mia para siempre.

ROD. Huyamos, huyamos. (Va á la puerta principal.) ¡Pero qué veo! ¿No es esta la puerta por dónde yo he entrado? Sí. (La mueve.) ¡Está cerrada! (Descúbrense luces al través de los vidrios de la capilla.) Ese rumor... esas luces... ¡Oh! Nos han descubierto.

JULIO. (Á Elena.) ¿Hay otra salida?

ELENA. Ahí... ahí... (Señalando á la puertecita.)

JULIO. ¡Cerrada tambien!

ELENA. ¡Cerrada! ¡Ah! ¡Somos perdidos! (Golpes sordos y prolongados que parecen salir de debajo de tierra.)

ROD. (Despues de haber aplicado el oido durante algun tiempo contra el nicho del santo.) No... estamos salvados... porque oigo á nuestros amigos que trabajan... no es por los jardines, es por este lado sin duda por donde deben entrar... ¡Escuchad!

JULIO. Sí, ellos son.

ROD (La boca contra la pared.) Animo, amigos... daos prisa la muerte nos aguarda si no acudís á tiempo.

Una voz subterránea. Haceos atrás... la pared está desquiciada y va á hundirse por ese lado. (Se alejan atemorizados: el lienzo de pared zapada cae con estrépito detrás de la estátua. Muchos aldeanos con traje de trabajadores armados de picos, hachas y teas, se precipitan en la Abadía y corren á Julio.) ¡Venid...! Amigos, venid. (Pero al mismo tiempo los Bravos, seguidos de la Directora, Montalto y todas las religiosas, penetran por la puerta principal y se hacen dueños de la salida que acaba de practicarse.)

MONT. ¡Elena...! ¡Viva!

HUGO. (Con pistola en mano.) Brachioforte rinde las armas y deja á esa mujer.

JULIO. (Arrancando un hacha á uno de los aldeanos.) ¿Cuál de vosotros se atreverá á quitármela? (Á este tiempo sale del fondo de la Abadia una gran figura cubierta con un velo negro, y exclama:)

ABAD. ¡Temerarios!

Monjas, Aldeanos y *Bravos.* (Déjanse caer de rodillas.) ¡La Abadesa!

ABAD. (Cogiendo á Elena, que se habrá postrado á sus piés, y haciéndola pasar á su derecha, dice á Julio.) Ven á disputársela á la Abadesa de Castro.

JULIO. (Precipitándose.) Nada me detiene. (Pero un tiro disparado por Hugo le atraviesa el brazo. Julio dá un grito y cae en los brazos de Rodolfo.)

MONT. (Señalando á la abertura en la cual acaba de reparar.) Yo los salvaré... pero será en Roma, en el cónclave.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Salon magnífico contiguo al Vaticano.

ESCENA PRIMERA.

HUGO y MARIO.

MARIO. (Que finje acechar á alguno desde el foro.) ¡Hugo¡ (Hugo estará apoyado en el respaldo de un sillon y mirando á la derecha.) ¿Le has visto?

HUGO. ¿A quién?

MARIO. Á ese por quien estamos en acecho... al demonio de Brachioforte.

HUGO. No.

MARIO. ¿Qué haces ahí entonces?

HUGO. Aguardo.

MARIO. ¿El qué?

HUGO. Quiero ver á la monja de Castro.

MARIO. ¿La sentencian hoy?

HUGO. Hoy mismo, ahí; (Señalando al primer bastidor de la derecha.) en esa sala contigua al Vaticano, donde está reunido el tribunal.

MARIO. (Acercándose á mirar á la puerta.) ¡Qué gentío!

HUGO. Ya lo creo, ¿no ves que se trata de sentenciar á una religiosa.

MARIO. ¿Pero cómo ha consentido la Abadesa en entregar á la culpable?

HUGO. Como que no ha podido pasar por otro punto: la inquisicion romana la ha reclamado.

MARIO. ¿Entonces, qué es lo que ha conseguido con salir de las uñas de la Abadesa?

HUGO. En primer lugar, ganar tiempo... Y además, en los subterráneos de la Abadia no podia hacer nada su madre por ella, mientras que aquí con sus bien ensayados escudos...

MARIO. Dicen que es muy rica.

HUGO. Inmensamente... y capaz de pegar fuego á Roma por su hija. (Señalando á la derecha.) Ahí la tienes en ese salon yendo y viniendo de un lado á otro, intrigando y afanándose para conseguir lo que desea... pero todo es en balde, la monja será sentenciada.

MARIO. ¡Lo creo así!

HUGO. Como que el Conde Orsini, nuestro señor lo desea.

MARIO. (Con indiferencia.) Entonces es asunto concluido.

HUGO. Está furioso por el desprecio que hizo á su hijo (Bajando la voz y trayendo á Mario al proscenio.) y por los votos que su partido pierde en el cónclave de dos dias á esta parte.

MARIO. ¿Los votos de los Camporeale?

HUGO. Sí... la madre intriga tambien por ese lado.

MARIO. ¿Pero esa mujer es un diablo?

HUGO. (En voz baja.) Y el Conde se venga sobre su hija.

MARIO. Y sobre el amante.

HUGO. ¡Oh! Lo que es á ese creí haberle dado yo lo que le hacia falta; pero tiene cuerpo de hierro... logró escapársenos otra vez, y creo imposible que le pillemos ya.

MARIO. Quién sabe...

HUGO. ¿Cómo?

MARIO. (En voz baja.) Me ha parecido verle aquí hace un instante. (Mira á todos lados.) Si quieres creerme, no haremos mal en preparar nuestros puñales... él no dejará de venir para ver si puede libertar á la religiosa.

HUGO. Pues señor, si lo hace así, yo cierro los ojos. (Con frialdad.)

MARIO. No te creia con el corazon tan blando; ¡hacer traicion á nuestro amo por una muchacha!

HUGO. ¡Eh...! ¿Quién te ha dicho que ella me importa?

MARIO. Entonces, ¿qué interés.. ?

HUGO. (En voz baja.) ¡El pobre Rodolfo!

MARIO. ¡Rodolfo...! Pues qué, ¿le han pillado tambien?

HUGO. Sí, pardiez. Se dejó coger para que se escapase entretanto Brachioforte; y á no ser por mí, los compañeros le hacen pedazos.

MARIO. Hubieran hecho bien.

HUGO. ¿Por qué?

MARIO. No puedo verle; nos comprometió.

HUGO. (Riendo.) Lo hizo sin malicia... yo por eso no le quiero mal... nos hemos jugado otras pasadas algo peores... hará doce años que estuvimos juntos en el Milanesado; éramos al pié de cuatro mil condotieros... fuimos todos á ofrecer nuestros servicios al Duque Visconti, pero no necesitando éste más que dos mil, nos repartimos, y los otros dos mil se marcharon á alistarse en las filas del Duque de Florencia, su enemigo; Rodolfo se quedó en un lado y yo en otro... Pues mira, eso no nos estorbó para ganar bien nuestro dinero. Cuando llegó la ocasion nos batimos concienzudamente, descargando golpes mortales y disputándonos el terreno palmo á palmo... tan pronto ganábamos terreno los unos como los otros. En fin, la broma duró hasta que se hizo noche.

MARIO. ¡Furioso encuentro... (Con viveza.) ¿Y cuántos muertos hubo!

HUGO. Uno... un ginete ahogado en la apretura.

MARIO. (Subiendo.) Alguien viene... que no nos vean... (Llegándose á Hugo.) vamos, ¿despachas?

HUGO. (Mirando á la sala del tribunal.) ¡Hubiera deseado ver si Rodolfo...!

MARIO. El Cardenal Montalto, que sube por la escalera principal de palacio.

HUGO. (Desde el foro con Mario.) Ese sí que es todo un san-

to... no dirán que él ha robado los votos, porque ha estado encerrado en la Abadía todo el tiempo que ha durado el cónclave... si alguna vez ha llegado á pensar en el trono pontifical, habrá sido para rogar á Dios que le cierre el camino (Vánse sin ser vistos por el Cardenal.)

ESCENA II.

MONTALTO solo y vivamente agitado.

MONT. ¡Nada!... ¡Nada todavía!... Aguardando desde esta mañana... y sin tener hasta ahora la menor noticia!... ¡Oh! El corazon quiere salírseme del pecho... el abad Guerra me ha olvidado... (Reflexionando.) He llegado á tiempo... los Orsinis tenian la mayoría... gracias á la actividad de la Condesa, la suerte ha cambiado. (Gritos en la plaza. Va á una ventana que habrá en en el segundo bastidor de la izquierda, y á la cual sube por dos gradas.) El pueblo continúa en la plaza... aguardando con tanta impaciencia como yo el resultado del nuevo escrutinio. (Un hombre aparece en el foro y sale cómo buscando á alguno.) La infeliz Elena va á ser sentenciada dentro de un momento, y sólo un milagro puede salvarla... Ayudadme, Dios mio, porque yo no deseo sino la ruina del mal y la gloria de mi pátria. (Reparando en el desconocido y mirándole con desconfianza.) ¡Quién será este hombre...!

ESCENA III.

MONTALTO y UN DESCONOCIDO, embozado en su capa y con un sombreron de ala grande calado hasta los ojos.

EL DES. (Viendo á Montalto se acerca á él con misterio; le presenta una carta y le dice en voz baja:) Dios y paciencia.

MONT. (De pronto y con alegría.) La seña del abad Guerra...

trae... (Coge el billete y lee.) «Aun no hay nada decidido: dos votos que se han declarado últimamente por los Orsinis tienen indecisa la mayoría y el fin del cónclave.» (Aparte.) ¡Oh! ¡Ellos triunfan! (Lee.) «Voy á emplear todos los recursos para ganarlos, pero tengo pocas esperanzas. En todo caso, si los Orsinis triunfan, el cañonazo disparado, segun costumbre, desde el castillo de Santo-Angelo os lo advertirá... si por el contrario triunfamos nosotros, dos cañonazos en vez de uno os anunciarán nuestra victoria.» (En la mayor agitacion.) ¡Dos votos... dos votos! ¡Qué hacer! ¡Dios mio! (El desconocido permanece inmóvil. Oyese á este tiempo un grito en la sala de la derecha.) ¿Qué grito es ese? ¡Es la voz de la Condesa...! ¡Gran Dios...! Habrán pronunciado la sentencia.

ESCENA IV.

MONTALTO, EL DESCONOCIDO y LA CONDESA.

COND. (Dentro.) ¡Hija mia! ¡Hija mia! (Sale pálida fuera de sí, y viniendo á Montalto exclama:) ¡Ah! Señor, ¡salvad á mi hija...! ¡Sentenciada...! ¡Sentenciada!... (Movimiento y agitacion del desconocido, que permanece inmóvil cerca de la ventana.)

MONT. Sosegaos, señora, sosegaos.

COND. Va á perecer... y vos sois el que la conducís á la muerte... vos el que la habeis delatado al tribunal del santo oficio.

MONT. ¿No era ese el único medio de libertarla de la venganza de la Abadesa de Castro?

COND. Sí, pero la habeis puesto en manos de jueces más implacables.

MONT. No está todo perdido, señora... aun nos quedan tres dias antes de la ejecucion de la sentencia, y de aquí allá el cónclave...

COND. (Con vehemencia.) Y qué me importa á mí el cónclave, ni todas vuestras intrigas... lo que yo quiero es mi hija... vos me lo habeis prometido... ¿No he hecho todo lo que habeis querido bajo la fé de vuestras promesas...? «¡Poned en juego todo el crédito de vuestra familia, me habeis dicho, haced que se muevan, intrigad, rogad amenazad y la salvaremos...!» Intrigas, súplicas, amenazas, nada he omitido; no me ha arredrado ni aun la enemistad de los Orsinis, cuya venganza la persigue ahora sin cesar... os he dado fé, os he entregado mis tesoros... ¡os hubiera dado mi sangre si me la hubierais pedido, porque decíais que era para mi hija...! Porque me prometísteis volvérmela... y lo jurásteis por Dios trino y uno

MONT. (Que durante este tiempo ha estado reflexionando como un hombre que combina un plan.) ¡Ah! Si pudiéseis escucharme... si quisiéseis ayudarme todavía...

COND. ¡Oh! Hablad, hablad.

MONT. (Cogiéndola del brazo.) El nombramiento de Santo Padre puede únicamente salvar á vuestra hija; pero ese nombramiento pende de dos votos que se obstinan en adherirse al partido de los Orsinis... dos votos que vos podeis arrebatarles... Médicis y Alejandrini, aliados ambos de vuestra familia.

COND. ¿Y qué es preciso para eso?

MONT. (Meditando.) ¡Ah! ¡Sería preciso oro! ¡Mucho oro!

CODN. (Con decision.) Lo tendreis, Cardenal, lo tendreis; mis bienes todos por salvar á mi hija.

MONT. (Resolviendo siempre en su mente sin mirar á la Condesa.) Pero no es eso todo... es necesario tambien, una vez que el tiempo urge, dar prisa á esos cardenales, (Colérico.) que no acaban nunca... es necesario buscar un medio de obligarlos á termiel cónclave. (Animándose.) El pueblo sufre por esta lentitud, murmura contra el interregno... necesitamos un hombre decidido, (El desconocido

escucha con atencion.) inteligente, denodado, que se introdujese entre las masas, que supiese animarlas y excitar un movimiento popular, el cual nos salvaria tal vez.

EL DES. (Acercándose con resolucion.) Aquí teneis este hombre.

MONT. ¡Tú!

COND. (Conmovida.) ¿Quién es este hombre á quien vamos á confiar la suerte de mi hija?

EL DES. (No atreviéndose á descubrirse todavía.) Este hombre, señora, arriesga tanto como vos en la partida que va á empeñarse.

MONT. Esa voz...

EL DES. Porque si vos quereis salvar á vuestra hija... (Despues de haber mirado á todos lados.) yo quiero salvar la que amo. (Se descubre.)

COND. ¡Julio!

MONT. (Con un movimiento de alegría muy marcado, pero aparte.) ¡Ah!

JULIO. ¿Creísteis que lo que yo queria protejer con la huida era mi vida? No; si me aproveché del desprendimiento de Rodolfo, fué para salvar á ambos... he querido que Elena tuviese siempre con quien contar en el dia del peligro y un apoyo seguro que no la faltase nunca aunque todos los demás la abandonasen.

COND. ¡Ah! Bendito seais, noble jóven.

JULIO. (Bajando la voz.) He convocado á mis amigos, á los aldeanos y transteverinos protegidos en otro tiempo por mi padre; esta misma noche han entrado en Roma por diferentes puertas; todos me son adictos y están armados; han jurado perecer ó salvar á Elena y Rodolfo.

MONT. (Trayéndoles al proscenio.) ¡Oh! Ahora es cuando más debemos esperarlo todo, señora. (Con precipitacion.) Vos, Julio, corred á reunir vuestros amigos en la plaza; que pidan á voz en grito la terminacion del cónclave... Vos, señora, id á buscar al abad Guerra... podeis fiaros de él.

COND. (Con alegría.) Está bien.

MONT. Poned en sus manos vuestros tesoros, vuestras joyas, en fin, todo el dinero de que podais disponer... él lo empleará en vuestro provecho si lo juzga necesario.

COND. Así lo haré.

MONT. (Á los dos.) ¿Olvidaréis algo?

COND. No. ¡Es preciso triunfar de los Orsinis en el cónclave!

JULIO. Es preciso armar á nuestros amigos.

COND. ¡Para salvar á mi hija!

JULIO. Para salvar á Elena.

COND. El cielo os guarde, Cardenal; Julio, adios. (Con efusion.) ¡Adios, hijo mio!

JULIO. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Madre mia...! Vuestra hija vivirá, ó yo habré cesado de existir. (Vánse ambos, Julio por la izquierda y la madre por la derecha.)

ESCENA V.

MONTALTO.

MONT. Y si en fin nuestros planes se frustran... el anciano sabrá revelarlo todo y renunciar á sus planes ambiciosos primero que consentir que perezca esa jóven... (Con altivez.) Pero antes de apelar á ese medio supremo, es preciso tratar de alcanzar el triunfo; siempre habrá tiempo para morir despues. (Vuelve á tomar las maneras y porte de anciano valetudinario. Durante este último acto el sujeto que desempeñe este papel deberá encorvarse todo lo que pueda hasta el final.)

ESCENA VI.

MONTALTO y EL GOBERNADOR DE ROMA.

GOBERN. ¿Señor Cardenal?

MONT. (Con serenidad.) ¿Qué me quiere el señor Gobernador de Roma?

GOBERN. El reo Rodolfo desea hablaros.

MONT. (Muy sorprendido.) ¿Á mí...?

GOBERN. Á vos mismo

MONT. ¿Y para qué?

GOBERN. Lo ignoramos.

MONT. (Despues de una pausa.) Que venga. (Váse el Gobernador.) ¿Qué me querrá? (Sale Rodolfo pálido y descoyuntado; anda con dificultad sostenido por dos esbirros que le llevan hasta el sillon.) ¡Qué horrible palidez...! ¿Será el temor de la muerte?

ROD. (Apoyándose en el respaldo de la silla y dirigiéndose al jefe de los esbirros.) Ya sabeis que no me hallo en estado de escaparme; dejadme solo un instante con el señor Cardenal. (El jefe de los esbirros se retira con sus hombres al foro y se pasea por la galería; deberá presentarse de tiempo en tiempo.)

ESCENA VII.

MONTALTO, RODOLFO y LOS ESBIRROS al foro, en la galería.

ROD. (Apoyado en el respaldo del sillon y aparte.) ¡Ahora veremos, cojitranco!

MONT. (Con frialdad.) Hablad, ¿qué me quereis?

ROD. (Despues de una pausa.) ¿No me conoce ya el señor Cardenal?

MONT. Sí, sois Rodolfo.

ROD. ¿Y sabe el señor Cardenal que estoy sentenciado?

MONT. Acaban de decírmelo.

ROD. Sentenciado á una muerte un poco complicada... pero no es ese el asunto. ¿Sabe tambien el señor Cardenal que acaba de ser descubierto un nuevo personaje comprometido en el ataque del convento?

MONT. (Sorprendido.) ¡Cómo!

ROD. (Con intencion.) Por una carta que yo tuve la imprudencia de llevar sobre mí, y que me han pillado.

MONT. (Con frialdad.) ¿Y esa carta...?
ROD. Está firmada por el Padre Anselmo.
MONT. (Despues de un ligero movimiento.) ¿Y conoce alguien á ese Padre Anselmo?
ROD. (Examinándole.) Toma, eso es lo que quisieran saber y lo que no saben. (Movimiento de Montalto.) Pero yo sí.
MONT. ¿Vos?
ROD. Y ya podeis figuraros, señor Cardenal, que debo tener fuertes tentaciones de entregarle, supuesto que así libro la vida, á la cual siempre se tiene algun apego; sobre todo (Con intencion.), hallándome como me hallo tan cerca de él.
MONT. Explicaos.
ROD. ¿No os parece bastante claro lo que digo?
MONT. ¿Qué es lo que vos creeis?
ROD. (Con resolucion.) Que sois vos, señor Cardenal.
MONT. (Sonriéndose sin demostrar la menor alteracion.) ¡Yo...! ¡Ah! Esa idea sí que á nadie le ha ocurrido sino á vos.
ROD. (Con viveza.) Es que nadie tampoco tenia tanto interés en que se le ocurriera como yo. La primera vez que oí pronunciar el nombre del Padre Anselmo os lo oí á vos; cuando vino despues á casar á Julio y Elena, vos érais únicamente el que sabia que estaban juntos; los socorros que hemos recibido durante nuestro destierro, los anónimos misteriosos que llegaban á nuestras manos han tenido un mismo orígen; por último vos habeis sido el que arrojó á Sciotti por la ventana de la Abadía el papel que han encontrado sobre mí. (Negativas de Montalto.) Sí, ¡vos fuísteis...! Porque queríais salir. (Montalto tose y se encorva mucho más.) ¡Oh! Ya sé que vais á decirme que el Padre Anselmo era jóven y ágil, y que vos estais encorvado por las dolencias y la edad; que su modo de andar es libre y desembarazado, y que vos cojeais; que su voz es entera y la vuestra temblona... todo eso es verdad,

como es verdad tambien que aquí se encierra algun misterio que la Inquisicion aclarará mejor que yo. (Observando que Montalto continúa impasible.) Pero en fin, para acabar de una vez, ¿sois el genio destructor de los Camporeale, ó sois un ángel disfrazado? ¿Quereis perdernos ó quereis salvarnos? Decidlo de una vez, porque no soy bastante astuto para adivinarlo. (Con fuerza.) Lo que únicamente sé, lo que siento, de lo que estoy convencido es de que vos sois el Padre Anselmo, y lo juraria con la mano sobre los Evangelios aunque un cuchillo amagase mi garganta. (Pausa.)

MONT. (Que ha permanecido impasible y volviéndose hácia él con la mayor sangre fria.) ¿Y si lo perdiéseis todo por ese juramento?

ROD. (Con viveza.) Pues bien, entonces vamos claros, señor Cardenal; antes de todo es preciso que sepa por qué he callarme. ¿Tan grande es el interés que teneis en no desgarrar el misterioso velo que os cubre?

MONT. (Acercándose y despues de haber mirado en torno suyo.) ¡Oh! Sí, un interés poderoso, sagrado; ¡una justa venganza que trabajo hace catorce años por satisfacer...! Pero antes tengo que salvar á dos inocentes, y no puedo hacerlo más que con una condicion: Rodolfo, habeis de guardarme el secreto dos dias todavía.

ROD. (De pronto.) ¿Y esos inocentes...?

MONT. Son Julio y Elena.

ROD. ¿Y necesitais dos dias? (Con precipitacion.)

MONT. Dos dias. (Idem.)

ROD. (Con calor.) ¿Pero los salvareis?

MONT. (Idem.) Lo juro, y vas á ver si podré violar mi juramento, Alberto Brachioforte, tu hermano de armas, ese Alberto, á cuyo hijo quieres porque querias al padre, en fin, ese Alberto cobardemente asesinado por los Orsini...

ROD. Acabad.

MONT. Era mi hermano.

ROD. (Incorporándose.) ¡Vuestro hermano! (Vuelve á caer en el sillon contemplando con alegría á Montalto, que le hace señas de que calle.) ¡Oh! Ahora os creo... ahora os entiendo... no necesito más garantía... los salvareis. (Á los guardias.) Ya podeis llevarme otra vez.

MONT. ¿A dónde?

ROD. (Volviendo á caer desfallecido sobre el sillon.) Al tormento.

MOTN. ¡Al tormento...! ¡Dios eterno!

ROD. (Sonriéndose y bajando la voz.) Querian saber quién es el Padre Anselmo.

MONT. No ireis... no ireis... prefiero revelarlo todo.

ROD. (Deteniéndole.) ¿Y quién salvará á Julio y Elena? (Ruido en la plaza.) ¿Qué significa ese tumulto? (Montalto va á la ventana.)

Gritos dentro. No más interregno, que se acabe el cónclave.

MONT. (Mirando desde la ventana.) Es Julio á la cabeza del pueblo.

ROD. ¡Julio! ¡Oh! Ya sabia yo que no nos abandonaría.

ESCENA VIII.

RODOLFO sentado, LA CONDESA y MONTALTO.

COND. (Fuera de sí con la desesperacion de una madre.) ¡Ah! ¡Señor! Socorredla, socorredla. (Llorando.) He cumplido mi promesa y vos me habeis engañado indignamente... Mirad... mirad... ¡Mi hija...! ¡Es mi hija! ¡La llevan al suplicio! ¡Ah! Piedad. ¡Piedad de mi pobre hija! (Cae casi desmayada á los piés de Montalto.)

MONT. Levantaos, señora, levantaos.

ESCENA IX.

EL GOBERNADOR DE ROMA sale el primero. En seguida viene ELENA con el San Benito sostenida por un religioso y rodeada de familiares de la inquisicion; MONTALTO y LA CONDESA.

MONT. (Dirigiéndose al Gobernador.) ¿Qué es esto, señor Gobernador? ¿Por qué se ha adelantado la hora de la ejecucion?

GOBERN. Porque el pueblo se ha amotinado, señor Cardenal. (Óyense á este tiempo los gritos del pueblo, que van en aumento.) ¿Lo oís?

MONT. (Aparte.) ¡Gran Dios...! ¡Y yo he sido...!

GOBERN. Sus gritos son contra el cónclave... amenaza arrebatarnos los reos de Castro... El santo oficio ha resuelto adelantar la ejecucion.

MONT. (Insistiendo.) Pero esa medida...

GOBERN. Es necesaria para precaver mayores excesos; antes que toda es la salud del Estado. (Gritos más furiosos; el pueblo armado de hachas, palos, etc., con Julio a la cabeza, invade en tumulto el teatro. Distínguese entre los del pueblo á los transteverinos armados de puñales.)

JULIO. (Animándoles.) ¡Aquí, amigos, aquí...! Arranquémosla de las manos de los verdugos... ¡Libertémosla de los Orsini!

Todos. (Con gritos de rabia.) ¡Mueran los Orsini!

GOBERN. Guardias, haced vuestro deber. (Los guardias bajan sus mosquetes y apuntan al pueblo; los aliados de Orsini echan mano á la espada; va á trabarse el combate.)

MONT. Deteneos, tengo que hablaros. (Todo el mundo se acerca con curiosidad para oir lo que Montalto va á decir. Suena un cañonazo. Pausa.)

GOBERN. Ya está nombrado el Papa.

MONT. (Aparte y con ansiedad.) ¡Ah! Mi destino toca su termino... Apenas respiro. (Segundo cañonazo. Seguirá oyéndose de tiempo en tiempo el estampido del cañon hasta el fin de la comedia. Todo el mundo da muestras de asombro.)

GOBERN. (Sorprendido á los nobles.) ¿Qué significa este segundo cañonazo?

MONT. (Enderezándose y erguiendo la cabeza con altanería, esclama con voz fuerte y sonora.) Significa que acabaron los fingimientos. (Arrojando la muleta.) Y que puedo arrojar por último la máscara que me cubria. Significa (A los nobles, que retroceden atemorizados.) que Roma tiene ya un señor que la mande, y que sabrá destruir las guaridas del crímen, los refugios de los bravos y asesinos, (Con intencion.) bien se llamen Palacio Orsini ó Abadía de Castro, (Con tono grave y solemne.) restituyendo á la religion toda su fuerza y dignidad. (Con cariño á Julio, que está á sus pies.) Significa, en fin hijo de Alberto Brachioforte, hijo de mi hermano!

JULIO. ¡Yo!

Todos. ¡Su hermano!...

MONT. (A Elena que está entre los guardias.) Y vos Elena Camporeale, que estais libres ambos. (Alzando la voz y dirigiéndose al pueblo.) Porque ambos son inocentes de todo crímen, y los votos de Elena son nulos. (Movimiento.) Lo sé, porque yo fuí el que bendijo su union. (Elena y Julio se arrojan á sus piés.) En mis brazos... en mis brazos... (Levantando á Julio.)

ROD. (Aturdido de la súbita transformacion de Montalto.) Este sí que es un milagro del Padre Anselmo. (Con sensibilidad mirando al cielo.) ¡Pobre Alberto...! Ya estarás contento.

MONT. (Cogiendo á Elena por la mano y llevándosela á su madre.) Os prometí volvérosla: ahí la teneis, señora.

ELENA. Madre mia. (Se arroja en los brazos de su madre que la cubre de besos; en seguida se vuelve hácia Julio.) ¡Julio!

JULIO. ¡Elena!

MONT. ¿Y tú, noble soldado de Lepanto, qué puedo hacer yo por tí? ¿Habla; qué quieres? (Silencio.)

ROD. Vuestra muleta, Padre Anselmo, porque ahora la necesito yo más que vos. (Señalando á sus piés magullados por el tormento.)



GOBERN. (Despues de haber escuchado á un oficial que sale y le habla en voz baja, se acerca con respeto.) ¿Qué nombre tomará Su Santidad?

MONT. (Con voz entera.) ¡Sixto Quinto!...

ROD. Viva Sixto Quinto.

Todos. Viva. (A esta voz mujeres, niños y ancianos caen de rodillas; el Gobernador, la Condesa, Julio, Elena y los guardias se inclinan con respeto: los transteverinos subidos sobre las gradas levantan sus sombreros adornados de cintas. Todos contestan á la voz de Viva Sixto Quinto.)

FIN DEL DRAMA.